

La Muerte de Poe



ner éxito. Al final, más confortado, prometió no reincidir. Tenemos una prueba terminante de que entabló la lucha con persistencia de naufrago que comienza a vislumbrar una costa de salvación. Es ridícula y conmovedora, esta prueba. Consiste en la adhesión que Poe envió a la Sociedad de Temperancia, de esas que tratan a su filigranería antiestética de mapas anatómicos, donde aparecen hombres de orbiados, calcinados y retorcidos por el consumo de una copita de anís o vino blanco, la idea absolutamente ingeniosa de que incluso los borrachos en último grado, pueden corregirse mediante la anotación de sus datos personales en una ficha y la formulación de una promesa de abstinencia absoluta ante los miembros de la honorable comisión directiva.

Pero Poe no sólo hizo esta heroicidad, sino muchas otras, con tal de huir de su demonio familiar. No vacilaba en pasearse con damas cursis y románticas, que han dejado recuerdos extraordinariamente contradictorios sobre su personalidad de aquellos días crepusculares de su vida. Trataba de confrontarse con el Poe feliz de antes de ir a la universidad. Así olvidaba un poco lo que constituía para él una vergonzosa lacra. Pasaba tranquilamente, pues, con damas repletas de pedantería, que han inventado todo suerte de patrañas, en el deseo de hacer de Poe algo doméstico, algo muy conocido por ellas, en cuanto se enteraron de que aquel señor serio, reservado, a ratos efusivo, pero siempre un tanto lejano e incomprensible, era completamente inmortal y una especie de hijo predilecto de la gloria y la fama. Se encontraba con excelentes caballeros que no habían leído tal vez su obra, pero que se consideraban sus admiradores innatos en cuanto, al cabo de unos pocos años de muerte Poe, la gente empezó a abrir la boca cuando alguien aseguraba haberlo conocido.

Así transcurrieron las semanas más felices del último año de Poe, en un lugar del Sur de los Estados Unidos, bastante semejante al brulote con que Baudelaire uniformó todo el territorio.

rio americano, en una especie de habitáculo para gentes incomprendidas y estúpidas y llenas de codicia, debatiendo sus negocios e intereses a la casi diabólica, por lo adelantada y perfecta, "luz del gas".

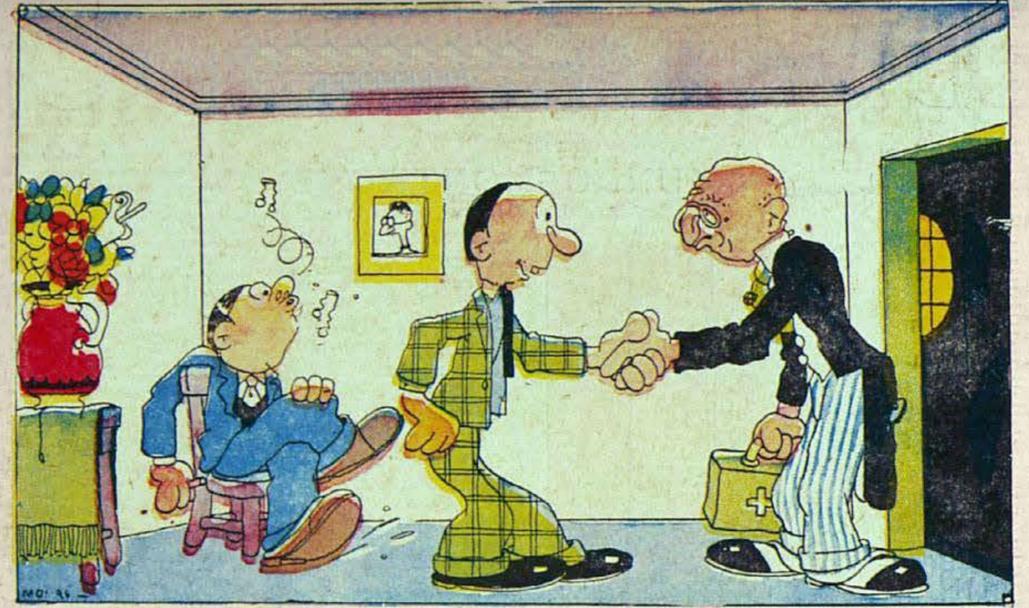
Al partir de Richmond, para el Norte, dijo a la viuda de Shelton y antigua novia suya en camino de ser nuevamente, que tenía el presentimiento de que no se verían más. Era el día 2 de octubre de 1849. En vapor fue a Baltimore con intención de seguir en ferrocarril hasta Filadelfia y luego a Nueva York.

Llegó el miércoles 3 por la mañana. Bebió. Tal vez recurrió a otros excitantes. Una cuadrilla electoral aprovechó su semi-inconsciencia para hacerlo votar con el nombre de un ciudadano cualquiera, costumbre por ese entonces tan afortunada en la gran democracia yanqui, como las tachas de padrón en la actualidad conservadora de muchas provincias argentinas. Después fue abandonado en una de las calles de Baltimore (si se resistió fué, además, reducido a golpes de puño y patadas). Misterio absoluto sobre el día 4.

El 5 se le aparece a un atónito guarda de tren en el vagón de equipajes, insensible, como petrificado. El hombre lo llevó hasta Wilmington y allí lo recibió el día 6. Su última noche la pasó vagando, tal vez con idéntico horror al que atenaceaba el alma de su atormentada creación, en el "Hombre de la multitud". Se durmió al fin como un vago cualquiera, sobre un banco, cerca de un muelle. Estaba definitivamente destruido. Ya ni intentaba luchar. A las nueve de la mañana del día 7, fué visto y enviado al hospital. Estaba rígido, perdido en una especie de helado estupor. Su fisonomía aparecía cavada, grisácea, surcada como por el siniestro maquillaje de la miseria y de la muerte.

Despertó para morir. Tuvo la desdicha de conocer toda la infinidad triste de su estado, en el rato de lucidez que precedió a su muerte. La muerte, como un consuelo, lo alcanzó hacia la medianoche del mismo día 7.

por
Ulyses Petit de Murat



Caso Extraordinario

¡NUNCA te ha llamado la atención — comenzó Tobías Véverás — esa coincidencia de propósitos en las cintas?

Matías Sempronio hizo un gesto de fastidio: —Me aburre incansablemente — dijo — con tus trivialidades. Contéstame sin evasivas a mi pregunta. ¿Es o no el casamiento el medio de llevar a cabo mis proyectos? —Tobías me miró, sumamente divertido. Sempronio continuó, sin esperar respuesta: —Si yo me caso y tengo un hijo, necesariamente, impresionablemente, debe tener algo mío, físico o moral; en fin, algo de mí yo. Será una pequeña parte mía, como si dijéramos... —Exactamente.

—De esa manera, al morir, yo no muero... No muero del todo, porque una parte mía queda viviendo en mi hijo, y como mi hijo, a su vez, se casará, otra parte de él, es decir mía, pero más reducida, subsistirá en su hijo, quien a su vez hará revivir esa personalidad en su descendencia. Entonces recién habrá muerto del todo... —Y si tu hijo se muere antes que tú? —No hay que pensar en eso.

—Pero — insistió Tobías — ¡a pesar de no pensar en eso se muere? —Naturalmente, si se consideran todas las eventualidades posibles, ninguna teoría podría prosperar. —Sin embargo — dijo Tobías — volviendo a la carga — se me ocurre una duda. Si tú tienes varios hijos... —Sí.

—esa parte de personalidad tuya se distribuirá entre todos tus hijos, en vez de ir pasando de hijo a hijo, como era tu idea. Matías sonrió con suficiencia, como aquel que ha pensado en todo. —No existe ese peligro — dijo, después de una pausa —. He calculado que la intensidad de lo esencial en esto, y no la cantidad, sería maravillosa. Una primera generación que se case totalmente, se amplificará de manera tal, que yo no podría calcular, ni en forma aproximada, cuándo ocurriría la muerte total mía. Yo he calculado un hijo como base mínima, pero pienso que el tener varios me pondría a cubierto de la posibilidad de que alguno no se case.

Tobías encendió un cigarrillo, se acomodó en el sofá y preguntó: —Y de casarte, ¿lo harías siempre con Alicia? —Con Alicia? — exclamó Matías Sempronio — ¡Jamás! Tienen opiniones personales y tú sabes que me resultan insoportables las mujeres con opiniones personales. He pensado más bien en Eugenia. ¿Te acuerdas de ella?

Tobías hizo un gesto afirmativo. Eugenia — dijo después de un silencio — es orgullosa, violenta, dominante, susceptible, voluntariosa, impulsiva, contradictoria, insoportable, arbitraria, apasionada, más inteligente de lo que parece y menos de lo que se espera. Y además, es bella como una diosa. —¿Qué quieres! — respondió Matías —. Uno no se casa por placer.

Después de un noviazgo rápido e inofensivo, Matías Sempronio se unió a Eugenia Dalpe, ante Dios, ante las leyes y ante algunos amigos. El fiel Tobías Véverás, participaba de las veladas apacibles del flamante matrimonio, sin que la idea de engañar a su amigo hubiese nunca enturbiado sus claros pensamientos sobre la amistad. Los tres, formaban enternecedores cuadros familiares, y constituían, en la nueva casa infestada de jarrotes y "bibelots" la más bella y acabada apología de la burguesía.

—Los verdaderos grandes hombres — dijo de pronto Matías, sentencioso — son aquellos que de cerca parecen hombres insignificantes. —Y como nadie lo contradijese, continuó: —Lo cual significa que los hombres insignificantes son los que de lejos parecen grandes hombres. —Tobías, que miraba a Eugenia tejer — ¡hum! — unos escarpines, comentó malhumorado: —Los legítimos hombres insignificantes, para mí, lo son, tanto de lejos como de cerca. —Solo que — intervino Eugenia, recompensando a Tobías con una sonrisa — no lo parecen.

—Y después de esa sólida conclusión, abandonó su labor, y salió de la pieza dejando solos a los dos amigos. Apenas salió, Matías se restregó las manos, expresando su contento. —¡Siento una gran alegría — exclamó — al ver que mis deseos se cumplen! Es ya un hecho. —¿Para cuándo lo esperarás? —Para febrero... Si es varón — prosiguió Sempronio entusiasmado — le pondré tu nombre. Pero Tobías pareció permanecer indiferente a tal distinción. —Tengo una duda, Matías — dijo. Sempronio lo miró con inquietud. Tobías se expresaba con cierto temor. —Lo cierto es... — empezó —. Bueno, mira... no te vayas a ofender. Lo digo en favor de tu tesis. Si por ejemplo... —Continúa, te escucho. Pero Tobías parecía no animarse. Balbuceó, confuso: —No, nada... En fin... Es una suposición, una probabilidad, por supuesto. —¿Habla de una vez! — se impacientó Matías. —Decía yo, si, por ejemplo... si tu hijo no fuese tu hijo. —¿Cómo? — interrogó Matías. De pronto volvió la intención de la pregunta y se quedó livido. —¿Tú crees que Eugenia? — articularon tratándose.

—No, no! — exclamó Véverás —. Pero tú sabes, en la vida hay tantas cosas. Eugenia es muy caprichosa. Imposible no es... Pero Matías ya había recobrado su aplomo, su tranquilidad. —Pero es ridículo — dijo —. No sucederá nunca. —Aunque te parezca una locura el pensarlo — continuó Matías — a objeto de que tu seguridad en ese sentido sea absoluta, no estaría de más que vieras al Dr. Alves. —¿Al doctor Alves? — preguntó extrañado Sempronio. —¿Quién es? ¿Y para qué? —A decir verdad — confesó Véverás —, yo no sé nada de él ni lo conozco, pero he seguido sus conferencias muy atentamente. Las publicó la "Revista Filatélica" en su "Página Literaria". —Me cansas — expresó Matías

mentó con voz sonora y medida: Ha sido usada una persona de talento al querer hacer mi experimento con su hijo. Mi baño reactivo es infallible. Matías iba a contestar que no realizaba la prueba por abrigar dudas sobre su paternidad, sino por simple curiosidad científica, cuando un tremendo alarido paralizó a los circunstantes, manteniéndolos en un angustioso expectativa. Casi de inmediato se dejó oír un lloro tranquilo y continuado y la enfermera apareció con un chico en brazos, alzándolo.

A la sorpresa siguió un movimiento de alegría. Emocionado, Matías tomó al niño y lo contempló orgullosamente, ávidamente: De su abstracción vino a sacarlo la voz profunda y pausada del médico. —El baño, señor Sempronio — dijo el Dr. Alves —. No hay que demorarlo. Mientras sumergía al niño en el baño, el doctor explicaba: —Esto es interesantísimo y muy delicado... ¿Tiene usted un lunar en la boca del estómago, según me ha dicho? —¿Sí, doctor. —Es negro? — inquirió el facultativo a tiempo que echaba unos polvos en el agua. —No, doctor; marrón, marrón oscuro. —¿Hum! ¿Grande? Matías consultó a su amigo con la mirada. Luego: —Regular... más bien chico. El Dr. Alves hizo un gesto de comprensión y sumergió un poco más al niño, que no había cesado de llorar. —Ya está! — exclamó bruscamente.

Los dos amigos se acercaron. El chico tenía una pequeña pinta sobre el estómago. El doctor Alves contemplaba sonriendo el alborozo y admiración de los dos hombres. Dijo simplemente: —El experimento es completo y terminante. He concluido mi misión. Matías y Tobías se acercaron para estrecharle la mano efusivamente. Pero un nuevo e impresionante alarido les cortó el gesto. Los tres se miraron desconectados. Antes de darles tiempo a reponerse de su sorpresa, un lejano llanto infantil se unió al anterior. —¿Zas! ¿Melizos! — exclamó jovialmente el doctor... Lo felicito a usted, señor, termino, guiándole un ojo a Matías. Inmediatamente apareció la enfermera azorada, con otra criatura en brazos que entregó al doctor. —¿Bueno! — exclamó éste con buen humor —. Repetiremos la experiencia. Todo está preparado. —Mientras tanto — continuó —, le aconsejaría fuese a hacer compañía a su esposa. Matías y Tobías salieron. Eugenia, pálida, y con la voz desmayada, preguntó: —¿Y el otro?

Sempronio sintió vergüenza de confesar por medio de qué manejos quería asegurarse de su paternidad, y se puso colorado, sin contestar de inmediato. Al notar la turbación de su amigo, Véverás se apresuró a responder: —Lo están bañando... —¿Truelo! ¿Quiero verlo! — exclamó impetuosamente Eugenia. Matías Sempronio vaciló un instante y luego confió la criatura a Véverás. —Quédate tú a acompañarlo — murmuró —. Voy a buscarlo. Luego se dirigió despacio al "living-room". Notó con extrañeza el guardapolvo del arroyo y los guantes de goma arrojados negligentemente sobre una silla. Pero el recién nacido, que se debatía, abandonado en la pequeña bañadera, reclamó con sus gritos, su inmediata atención. Sacó rápidamente el niño del baño, envolviéndolo con una toalla. Al alzarlo le notó algo raro, algo que antes no tenía. En el lado izquierdo de su naricita el mellizo tenía una diminuta verruga. Matías alzó la mirada: el Dr. Alves había desaparecido.

La pequeña bañadera que debía servir para la experiencia fué colocada en el "living-room", más para evitar que Eugenia se enterase, que por comodidad. Al sonar el timbre, Tobías comentó: —A esta hora dijo que vendría. Deba ser él. En efecto. Precedido por el criado, entró en la habitación el célebre doctor Alves, autor de las desconcertantes "Recherches sur la paternité", que revolucionaron las Academias Médicas de París y de Bogotá. El ilustre facultativo vestía elegantemente: polainas grises, pantalones de fantasía, chaleco de fantasía y una perla sobre plastrón obscuro, probablemente de fantasía también. Tenía cuarenta y dos años, más algunos cabellos grises y una diminuta verruga sobre el lado izquierdo de su nariz. Hechas las presentaciones indispensables, el doctor Alves co-

mentó: —¿Has visto? Bueno; el lunar puede no aparecer en el niño en el mismo sitio, pero aparece. ¿Tu padre no tenía un lunar en el estómago? —No sé, no me acuerdo. ¿Pero sabes que me resulta interesante? Y Matías se quedó caviloso. Tobías agregó algunos detalles técnicos: que lo particular del caso residía en que las señales hechas debían aparecer forzosamente por medio del baño, se borraban pronto y solo volvían a notarse después de muchos años, ya deformadas...

—Y el otro? — preguntó el doctor Alves. —¿Truelo! ¿Quiero verlo! — exclamó impetuosamente Eugenia. Matías Sempronio vaciló un instante y luego confió la criatura a Véverás. —Quédate tú a acompañarlo — murmuró —. Voy a buscarlo. Luego se dirigió despacio al "living-room". Notó con extrañeza el guardapolvo del arroyo y los guantes de goma arrojados negligentemente sobre una silla. Pero el recién nacido, que se debatía, abandonado en la pequeña bañadera, reclamó con sus gritos, su inmediata atención. Sacó rápidamente el niño del baño, envolviéndolo con una toalla. Al alzarlo le notó algo raro, algo que antes no tenía. En el lado izquierdo de su naricita el mellizo tenía una diminuta verruga. Matías alzó la mirada: el Dr. Alves había desaparecido.

—¿Y el otro? — preguntó el doctor Alves. —¿Truelo! ¿Quiero verlo! — exclamó impetuosamente Eugenia. Matías Sempronio vaciló un instante y luego confió la criatura a Véverás. —Quédate tú a acompañarlo — murmuró —. Voy a buscarlo. Luego se dirigió despacio al "living-room". Notó con extrañeza el guardapolvo del arroyo y los guantes de goma arrojados negligentemente sobre una silla. Pero el recién nacido, que se debatía, abandonado en la pequeña bañadera, reclamó con sus gritos, su inmediata atención. Sacó rápidamente el niño del baño, envolviéndolo con una toalla. Al alzarlo le notó algo raro, algo que antes no tenía. En el lado izquierdo de su naricita el mellizo tenía una diminuta verruga. Matías alzó la mirada: el Dr. Alves había desaparecido.

—¿Y el otro? — preguntó el doctor Alves. —¿Truelo! ¿Quiero verlo! — exclamó impetuosamente Eugenia. Matías Sempronio vaciló un instante y luego confió la criatura a Véverás. —Quédate tú a acompañarlo — murmuró —. Voy a buscarlo. Luego se dirigió despacio al "living-room". Notó con extrañeza el guardapolvo del arroyo y los guantes de goma arrojados negligentemente sobre una silla. Pero el recién nacido, que se debatía, abandonado en la pequeña bañadera, reclamó con sus gritos, su inmediata atención. Sacó rápidamente el niño del baño, envolviéndolo con una toalla. Al alzarlo le notó algo raro, algo que antes no tenía. En el lado izquierdo de su naricita el mellizo tenía una diminuta verruga. Matías alzó la mirada: el Dr. Alves había desaparecido.

—¿Y el otro? — preguntó el doctor Alves. —¿Truelo! ¿Quiero verlo! — exclamó impetuosamente Eugenia. Matías Sempronio vaciló un instante y luego confió la criatura a Véverás. —Quédate tú a acompañarlo — murmuró —. Voy a buscarlo. Luego se dirigió despacio al "living-room". Notó con extrañeza el guardapolvo del arroyo y los guantes de goma arrojados negligentemente sobre una silla. Pero el recién nacido, que se debatía, abandonado en la pequeña bañadera, reclamó con sus gritos, su inmediata atención. Sacó rápidamente el niño del baño, envolviéndolo con una toalla. Al alzarlo le notó algo raro, algo que antes no tenía. En el lado izquierdo de su naricita el mellizo tenía una diminuta verruga. Matías alzó la mirada: el Dr. Alves había desaparecido.

—¿Y el otro? — preguntó el doctor Alves. —¿Truelo! ¿Quiero verlo! — exclamó impetuosamente Eugenia. Matías Sempronio vaciló un instante y luego confió la criatura a Véverás. —Quédate tú a acompañarlo — murmuró —. Voy a buscarlo. Luego se dirigió despacio al "living-room". Notó con extrañeza el guardapolvo del arroyo y los guantes de goma arrojados negligentemente sobre una silla. Pero el recién nacido, que se debatía, abandonado en la pequeña bañadera, reclamó con sus gritos, su inmediata atención. Sacó rápidamente el niño del baño, envolviéndolo con una toalla. Al alzarlo le notó algo raro, algo que antes no tenía. En el lado izquierdo de su naricita el mellizo tenía una diminuta verruga. Matías alzó la mirada: el Dr. Alves había desaparecido.

—¿Y el otro? — preguntó el doctor Alves. —¿Truelo! ¿Quiero verlo! — exclamó impetuosamente Eugenia. Matías Sempronio vaciló un instante y luego confió la criatura a Véverás. —Quédate tú a acompañarlo — murmuró —. Voy a buscarlo. Luego se dirigió despacio al "living-room". Notó con extrañeza el guardapolvo del arroyo y los guantes de goma arrojados negligentemente sobre una silla. Pero el recién nacido, que se debatía, abandonado en la pequeña bañadera, reclamó con sus gritos, su inmediata atención. Sacó rápidamente el niño del baño, envolviéndolo con una toalla. Al alzarlo le notó algo raro, algo que antes no tenía. En el lado izquierdo de su naricita el mellizo tenía una diminuta verruga. Matías alzó la mirada: el Dr. Alves había desaparecido.

POR
E. Villalba Welsh

L A noche antes de partir para su viaje al Sur de los Estados Unidos, Poe dijo a una amiga, en casa de quien estuvo a cenar: —Tengo el presentimiento de que nunca la volveré a ver. Debo partir para Richmond. Si no vuelvo nunca, escriba mi vida. Usted puede hacerme justicia.

Se trataba de Stella, una ya hoy olvidada autora de esos reatadamente cretinos romances populares, cuya fina e insaciable fórmula consiste en hacer que una joven pobre se case (después de varias vicisitudes e intervención de un traidor de recortado bigotito), con un joven rico o vice-versa.

No sabemos si Poe tuvo una especial premonición de muerte en ese instante o si habló como le gustaba hacerlo con las muchachas en ciertas ocasiones, es decir, un poco lánguidamente, haciendo reír sobre su persona los toques de una atenta y misteriosa fatalidad.

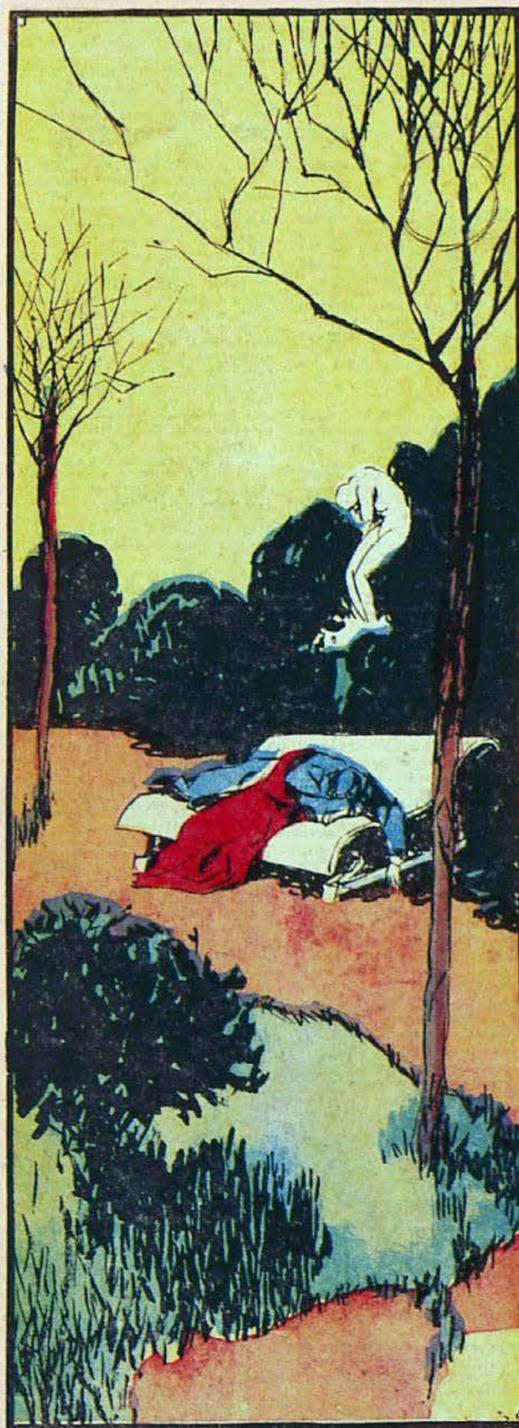
Lo cierto es que, de vuelta a su hogar le dijo a la señora Clemm, madre de su extinta esposa, la dulce Virginia, que había arreglado todos sus papeles, indicándole lo que tenía que hacer con ellos si él llegara a morir. Su estado general no era muy bueno. Quince días antes había guardado cama, víctima de bruscos ataques a la cabeza, como los llaman sus biógrafos amigos o delirium tremens, como parece certificarlos la dolorosa realidad alcohólica y tóxica de su vida, única innegable en este hombre, el que lo tocó padecer la inventiva canallería de sus contemporáneos que lo acusaron de plagiarlo y hasta de estafador.

El 20 de junio de 1849 inicia su viaje Poe. Su última gran tentativa para mejorar su destino lo encuentra sin grandes reservas físicas. La señora Clemm no recibe noticias suyas hasta el 23 de julio. Durante esos días Poe anduvo totalmente loco. Habiendo descendido en Filadelfia, bebió de una manera brutal y recurre también a otros estimulantes. Padece atroposadas pesadillas y en su delirio se consideraba perseguido por horribles enemigos. Más que en los días en que se tornaba insoportable el espectáculo de la agonía de su adorada Virginia. Poe recurrió al imposible consuelo de las copas totomadas incansablemente hora tras hora, día tras día, en compañía de esos borrachos de taberna que no se cansan de contar la historia de sus dichas naufragas, inverosímiles. Y finalmente no pudo resistir más y, como decimos, se abrió ante

sus pies vacilantes el abismo de la locura. Algunos amigos irrecognitionables para él, que yacían en una monstruosa, interminable, helada noche poblada de gritos escalofriantes que articulaba sin darse cuenta, lo recogieron y lo salvaron, arrebatándolo del filo mismo de la muerte.

Repetiendo, no obstante, el milagro del fénix que renace de sus propias cenizas, Poe recobró su continente habitual, su figura atractiva y pundonorosa, para enfrentarse con sus antiguos amigos de Richmond. Había surgido otra vez en él, con penosa urgencia, la necesidad de tener una situación. No encontraba más salida que la publicación de un periódico propio, al que llamaría "El Borel". Para recolectar fondos a ese fin, dió algunas conferencias. El resto del tiempo se le iba en visitas, paseos, conversaciones, a que tan inclinado era su espíritu en las épocas de calma. No dejaba de impresionar, como de costumbre, a las mujeres, con su extraña distinción y la belleza casi magnética de sus ojos siempre fijos en un punto lejano, como entristecidos y ausentes y que, quizá por eso mismo, tanto impresionaban a las personas a su alrededor, contrayéndose su pupila profundamente negra y su iris acerado, se detenían en ellas por un instante, como valorándolas de una sola ojeada en forma definitiva.

No sin la apasionada ternura que era una de sus características, volvió a ver a la señorita Royster, ahora viuda de Shelton, a quien amó en sus años de adolescente, cuando vivía con los Allan, en Richmond. Reconocía así, unos tras otros, los objetos y los seres que, por recordarle los más felices años de su existencia, le inspiraban una especie de rara gratitud. Se explica, pues, que estando continuamente visitado por una amistosa atención, y trabajado por ese sentimiento de gratitud, hiciera esfuerzos desesperados por no sucumbir a sus vicios. Sólo dos veces — bebió mientras estuvo en Richmond. La segunda vez su misma vida estuvo en peligro. Un médico, el doctor Carter, le advirtió severamente el riesgo que entrañaba para él la repetición de tales excesos. La reacción de Poe fué conmovedora: se confió en absoluta al médico. Contó con desesperada intensidad que lo llevó hasta el llanto, la historia secreta, trágica y atormentadora de todos sus días, de todos sus minutos, y la inutilidad de los sucesivos propósitos de regeneración a los que había dedicado sus energías, en una lucha sorda, bestial, en la que, al parecer, no podía esperar te-



Ilustraciones de
Pascual Güida

ILUSTRACION DE
Lorenzo Molas



EL ULTIMO INCA

EL suplicio horrible de Tupac Amaru no significó el fin del levantamiento de 1780 ni la sumisión completa de los indios. Indignados aún más con las terribles ejecuciones del 18 de mayo, resolvieron continuar resistiendo.

La brutal política del visitador no podía haber sido más funesta ni menos inteligente. La bárbara sentencia iba a causar todavía nuevas graves trastornos y a hacer correr mucha más sangre.

El mismo día de la ejecución del Inca numerosas huestes de partidarios suyos, a las órdenes de su primo Diego Cristóbal Tupac Amaru, rodeaban la ciudad de Puno, merced a la suma importancia, y ponían en grandes dificultades al corregidor Orillano. Este, como medio de amilanarlos, hizo proclamar la noticia de la prisión y muerte del caudillo; pero esto lejos de ello, provocó más bien el que se doblaban sus esfuerzos, derrotando a los españoles comandados por Nicolás de Mendisala en Condorcuayo y apoderándose de Chucuito a sangre y fuego, cometiendo todo género de excesos como venganzas.

Diego Cristóbal Tupac Amaru que, en unión de sus sobrinos Mariano, hijo segundo del Inca, y Andrés Mendisala y de Andrés Bastidas, hijo de un hermano de la valerosa Micaela, esposa de Tupac Amaru, habían escapado de caer en manos de los aprehensores del caudillo en Langhi, abrieron una cruda campaña en el mediodía, en particular en la meseta del Callao, constituida en centro y teatro de sus operaciones.

Conocido el triste fin de su primo fue reconocido como heredero de sus derechos y sucesor en la dinastía. Diego Cristóbal Tupac Amaru que desde aquel momento se convirtió en cabeza principal de la reacción. El avance del Mariscal Valle había producido una momentánea retirada de los indios, volviendo pronto a la carga, cuando el 26 de mayo aquellas fuerzas evacuaron la ciudad del lago, víctimas de necesidades no satisfechas y grandemente diezmadas emprendiendo el camino del Cuzco.

No era posible abandonar del todo a los poblados y se optó por llevarlos en una gran mayoría, quedando semi desolada la ciudad, compuesta por unos seis mil habitantes.

Valle, entregado a su suerte, no pudo cumplir sus jactanciosas promesas de llevar sus armas vencedoras hasta los confines del virreinato de Buenos Aires contentándose entonces con una expedición heroica es verdad, pero muy poco halagadora.

Fue injustamente, reprendido por Areche a su llegada al Cuzco, toda vez que al mariscal a cargo de los soldados que morían de hambre y que abandonaban a diario las filas, le impedían conseguir el menor resultado feliz.

“No son hijos de un parte el mando de las armas y el de la pluma ni es posible pacificar en cuatro días lo que señores y señoras han alborotado en cuatro años”, fué la terminante respuesta dada por el mariscal a los cargos del visitador.

Lo cierto es que tal movimiento entregaba aquellas provincias en manos de Diego Cristóbal, que no tardó en caer sobre ellas estableciendo su cuartel general y morada en el pueblo de Azángaro, convertido por éste en capital provisional de los Incas.

Los sublevados de una y otra orilla mantenían así el contacto y agravaban la situación de los blancos hasta el punto de hacerla desesperante.

Nuevas fuerzas que se habían organizado en Arequipa y en el Cuzco, a las órdenes de don Ramón Arias y del mariscal Valle, encargados este último de la campaña de pacificación, intimidaron a los indios, que optaron por acogerse al indulto.

Diego Cristóbal Tupac Amaru y su familia se entregaron en Sicuani y prestaron juramento de fidelidad al soberano espa-

POR G. POLANCO ALLERA ILUSTRACION DE ROJAS

fiol en manos del obispo del Cuzco.

Sólo unos cuantos continuaron resistiendo, encabezados por Pedro Villaseca, Tupac Catañ y otros, pero aunque lucharon denodadamente no pudieron provocar una reacción, ni hacer frente al ejército del mariscal Valle, que logró alcanzarlos ocasionándoles una seria y sangrienta derrota. Perseguidos los capitanes indios perecieron uno en poder de los españoles y otros asesinados por los salvajes de la montaña.

Como consecuencia de un movimiento posterior en Calca y Lareo, que se sofocó, dispuso el virrey que fuesen enviados a Lima Diego Cristóbal, Mariano Tupac Amaru y Andrés Nogueira, porque su residencia en Tinta inspiraba recelos. Los dos últimos obedecieron, siendo destinados al Colegio de cadiques que funcionaba en la capital, mas el primero observó su condición y apellido y se negó torcidamente a cumplir dicha orden.

Exasperadas las autoridades españolas por esta actitud de

Instauráronse luego dos sumarios: uno en la capital del virreinato y otro en el Cuzco a cargo del tristemente célebre cónsul Mata Linarez. Este se inició con extraordinaria celeridad y el 19 de julio de 1783 fueron conducidos al patíbulo Diego Cristóbal Tupac Amaru, Marcela Castro, su esposa y Simón y Lorenzo Condori, considerados como los agitadores más seriamente comprometidos.

Diego Cristóbal fué martirizado salvajemente en sus carnes con tenazas candentes antes de matarle, y esto después de haberle presentado el desagravamiento de la lengua y el ajusticiamiento de su noble compañera. La sentencia mandaba también al destierro o a trabajo forzado a más de setenta personas, casi todas parientes o allegados de Tupac Amaru.

Mereció alguna consideración, sólo por contar once años, un hijo del infortunado Diego Cristóbal, que remitido a la península, le sobrevivió poco tiempo, falleciendo de muerte natural.

No había, pues, nada que justificara estos nuevos atentados repugnantes contra la personalidad humana, sobre todo tratándose de quienes se habían entregado a discreción, fiados en la buena fe de un ofrecido y caballeresco perdón.

Kerensky Habla

A LEJANDRO Feodorovich Kerensky! Un aerolito que ha atravesado el cielo. Ráfaga de la gran guerra. Una acentuación vertiginosa. Unos meses de popularidad desbordante. Luego, el brutal descenso a esa población con sombras poblada por hombres que el mundo olvidó.

Cuando le oigo por primera vez en su modesta residencia de Passy, comprendo la fuerza de atracción que tendría su voz incomparable en los tiempos en que este hombre era el joven abogado de 25 años, diputado de la oposición en la Duma, y cuando más tarde, jefe de gobierno, incubaba la intención de arrastrar tras de sí al ejército y a la nación hacia los días inquietos de 1917.

No expone opiniones prudentes, mitigadas de reservas, invocando la insuficiencia de sus afirmaciones. Conoce la verdad de Rusia y no admite que se dude de él. Ataca. Elogia. Combate. El pronuncia...

—¿Cómo viene usted a pedir la opinión de un hombre que ha perdido su patria por negligencia?...

Se impone el suspender toda interrogación. Kerensky es de esos hombres impacientes que rechazan las preguntas; pero que, dejándose hablar saben adivinarnos y solos corresponden, una a una, a todas nuestras curiosidades. Todo nervios, podría decirse que es un hombre eléctrico. Si un minuto le encuentra de pie, al siguiente está paseándose, y al otro, le ve sentado en el pequeño escritorio en que me recibe. A propósito, la butaca en que lo hace, es la misma que habitualmente ocupaba en la Duma y que conserva como querida reliquia de aquel parlamento donde quedó (quizás) la mejor mitad de su vida...

Inmediatamente su voz arranca imperiosa: “Miliukoff ha afirmado que si abandonó el poder fué porque entrelaza las consecuencias de mi debilidad. Y no son enteramente así, como las cosas han pasado. La verdad es que cuando Miliukoff estaba en el poder yo estaba en el ejército. La verdad es que fueron todos los ministros los que unánimemente pidieron a Miliukoff, abandonara la cartera de Negocios Extranjeros, después de la de Instrucción Pública, en mayo de 1917; porque Miliukoff preconizaba abiertamente la anexión de Constan-

tinopla y su imperialismo era explotado favorablemente por los bolcheviques. He ahí la realidad de cómo Miliukoff abdicó el poder. Yo lo afirmo.”

—“Lo que yo pienso de la situación actual de Rusia”. Pues con el criterio unánime de los que apreciamos la realidad, de los que no nos engañamos, de los que estamos con la verdad, que, después de larga espera para no juzgar prematuramente,

cada otra cosa. Pero la imaginación soviética sólo ha dado el ensayo del aire militar...”

—“La posición de Stalin es insegura. Sabe usted cual es el presentimiento del fenómeno más característico?... Es la descomposición espontánea de la máquina de la dictadura. El complot contra Stalin fué montado por el presidente del consejo de los comisarios del pueblo de Sirtzoff, y encontró la colaboración de los elementos más observadores del pueblo y de la armada. Estos no son los precursors de los Soviets, de Krasnín ni de Stalin. Son los jóvenes cuya educación política se ha hecho bajo la influencia del nuevo régimen pero que han llegado por la prueba de los hechos a juzgar severamente como nosotros. He aquí el significativo convincente de esta pequeña élite soviética. Se da cuenta de la profunda desafección del régimen. Como también sobre toda necesidad absoluta de hacer concesiones económicas y políticas a los países. No habrá que imaginar, en efecto, que se restablezca el orden en la campaña con solo suspender la colectivización a todo trance por la fuerza. No se hace ninguna idea desagradable de la desesperación, a que han llegado los “moujiks”, porque no se sabe el carácter terrible y atroz que han tomado los sucesos, no después de ayer, pero sí después de dos años de campañas.”

—“Si las cosas cambiarán, dice Kerensky. Es exacto lo que ocurre en el Cáucaso y en Ucrania, — en el Cáucaso, sobre todo en Georgia y en Azerbeigina — elementos de revuelta que trabajan activamente contra el régimen bolchevique. Todos estos elementos encuentran estimulantes en Polonia, en el “grupo de los coronels”. Ellos son bien recibidos hasta en Rumania. Pero... los hombres seguirán! No se inquiete usted por esos hombres. Se encuentran precisamente en Rusia. Dentro de Rusia. Ellos vendrán a su hora. Las cosas han de pasar; también cuando esos hombres sean necesarios, ellos surgirán!...”

Kerensky no quiere hablar más. No puede. Ha llegado la hora de otra cosa. Es un hombre excesivamente metódico. Y ordenado. Me había concedido quince minutos y han pasado ya. Durante ese tiempo Kerensky ha mirado algunas veces su reloj. No quería que le robara un solo minuto a sus libros. A sus libros que le estaban esperando...

proclamamos que Rusia ha llegado a una crisis decisiva. El complot de Moscú fué su primer carácterístico. Cuando un régimen se reduce a tales expedientes, puede estar seguro de que el suelo tiembla bajo sus pas...”

—“Ultimamente, el grado a que llegaba la opresión sobre las masas — continúa diciendo el autor de “Preludio del bolchevismo” — necesitaba crear una nueva figura. Esa figura era ayer, el triunfo del comunismo realizado en cinco años de un poderío industrial más magnífico que el de los Estados Unidos. Después de ésta, se ha bus-

Solari Amondarain Ilustración de Guida

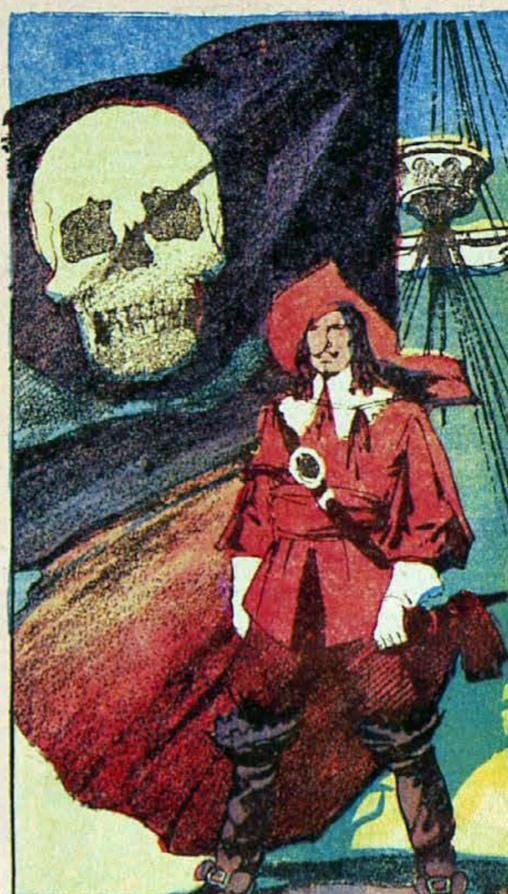
EL CAPITAN KID

NO se ha podido llegar a un acuerdo con respecto a la razón que hubo para dar a este pirata el nombre de “cabritilla” (Kid). El acta por la cual Guillermo III, rey de Inglaterra, lo invitó de su mandato sobre la galera “La Aventura”, en 1695, comienza con estas palabras: “A nuestro fiel y bien amado capitán William Kid, comandante, etc. Salud”.

Pero es exacto que ya entonces este nombre era una designación de guerra. Unos dicen que el capitán tenía la costumbre, pues era elegante y refinado, de llevar siempre, tanto en el combate como en la maniobra, delicados guantes de cabritilla; otros aseguran que, durante sus peores matanzas, gritaba: “Yo soy dulce y bueno como una cabritilla recién nacida”; otros, en fin, pretenden que encerraba el oro y las joyas en sacos muy livianos, hechos con cuero de cabra joven, uso al que se aficionó desde el día en que saqué un bajel cargado de mercurio, con el cual llenó mil bolsillos de cuero, que están aun enterrados en el flanco de una pequeña colina en las Islas Barbudas. Basta con saber que su pabellón de seda negra tenía bordadas la cabeza de un muerto y la de una cabra, y que su sello estaba grabado de la misma manera. Aquellos que buscan los numerosos tesoros que escondió en las costas de Asia y América, hacen caminar adelante una pequeña cabra negra, que debe zimir en el sitio donde el capitán enterró su botín; pero ninguno ha tenido éxito. Barba Negra mismo, que había sido informado por un antiguo marinero de Kid, Gabriel Loff, no encontró en las dunas, sobre las cuales está hoy construido Fuerte Providencia, más que gotas esparcidas de mercurio, emergiendo a través de la arena. Y todas esas bisbezas son inútiles, porque el capitán Kid declaró que sus escondrijos permanecían eternamente desconocidos a causa del “hombre del balde sangriento”. Kid, en efecto, fué acorralado durante toda su vida por este hombre, y los tesoros de

Lord Bellmont, gobernador de las Barbudas, irritado por el enorme botín de los piratas de las Indias Occidentales, equipó la galera “La Aventura”, y obtuvo del rey, para el capitán Kid, el comando de la nave. Desde hacía mucho tiempo Kid estaba celoso del esbible Ireland, que robaba todos los convoyes marítimos; prometió a lord Bellmont apresar la chalupa de su rival y traerlo a Ireland mismo, con sus compañeros, para hacerlos ejecutar. “La Aventura” llevaba treinta esbibles y ciento cincuenta hombres. Primero Kid tocó el puerto de Madera y se proveyó de vino; después Bonavista, para embarcar sal; y al fin San Yago donde concluyó de aprovisionarse. De allí hizo velas hacia la entrada del Mar Rojo, donde, en el Golfo Pérsico, hay un sitio, en una pequeña isla, que se llama la Llave de Bab.

Es allí que el capitán Kid reunió sus camaradas y les hizo izar el pabellón negro con la calavera. Juraron todos, sobre el hacha, obediencia ciega a las leyes de la piratería. Cada hombre tenía derecho al voto y un título igual para compartir las provisiones frescas y los licores fuertes. Los juegos de cartas y dados estaban prohibidos. Las luces y candelas debían ser apagadas a las ocho de la noche. Si un hombre quería beber más tarde, debía hacerlo sobre el puente, en la noche, a cielo abierto. No se admitirían ni mujeres ni adolescentes. Aquel que los introdujera bajo disfraz sería castigado con la muerte. Los cañones, pistolas y cuchillos debían ser cuidados y bruñidos. Las reyertas se ventilaban en tierra, a sable y pistola. El capitán y el contramaestre tendrían derecho a dos partes; el artillero, el segundo contramaestre y el timonel, a una y media; los otros oficiales



daba reposo a los músicos, el día sábado.

El primer navío que encontraron era holandés, capitaneado por el “schipper” Miguel. Kid usó el pabellón francés y le dió caza. El navío mostró, asimismo, los colores franceses; entonces el pirata lo saludó en francés. El “schipper” tenía un francés a bordo, que respondió. Kid le preguntó si tenía pasaporte. El francés le dijo que sí. “Y bien, por Dios, — respondió Kid — en virtud de nuestro pasaporte, yo os tomo por capitán de ese navío”. Y, en seguida, lo hizo colgar del palo mayor. Después llamó a los holandeses, uno a uno. Los interrogó y fingiendo no entender el flamenco, ordenó para cada prisionero: “Francés a la tabla!”. Se añadió una tabla a la proa, saliendo sobre el mar. Todos los holandeses corrieron por ella, desnudos delante de la punta del cuchillo del contramaestre, y saltaron al agua.

En este instante, el artillero del capitán Kid, Moor, elevó su voz: “Capitán, — gritó — ¡por qué mata esos hombres!” Moor estaba ebrio. El capitán se dió vuelta y, agarrando un balde, se lo asentó en la cabeza. Moor cayó, con el cráneo partido. El capitán Kid hizo lavar el balde al cual estaban pegados algunos cabellos, junto con sangre coagulada. Ningún hombre de a bordo quiso ya, nunca más, mojar en él el lampazo. Dejaron el balde atado al empalme-tado.

Kid se hizo capturar sobre la ruta de New York. Lord Bellmont lo envió a Londres. Fué condenado a la horca. Lo colgaron sobre el patio de la Ejecución, con su traje rojo y sus guantes. En el momento en que el verdugo le bajó sobre los ojos el bonete negro, el capitán Kid se debatió, gritando: “Santo Dios! Yo sabía muy bien que me pondría su balde sobre la cabeza!”. El cadáver ennegrecido permaneció amarrado por las cadenas, más de veinte años.

Desde ese día, el capitán Kid fué acorralado por el hombre del balde. Cuando apresó el bajel moro “Queda”, equipado por

El Sabio Califa

¡QUE gloria es comparable con la que procura el estudio y el trato con quienes aman el conocimiento por encima de todas las cosas!

Alberto Nin Frías

Ilustración de Pargagnoli

De esa suerte reflexionaba Harún, el califa abasida de Bagdad, mientras tendía la vista desde la ventana de su alcoba sobre la maravillosa Bagdad, capital del Califato: aparecía la hermosísima urbe con sus innumerables minaretes y cúpulas que se destacaban sobre la oscura neblina del desierto. El sol estaba en su ocaso. Bagdad obedecía ciegamente al jefe de los Creyentes, porque generoso, instruido y elocuente él, sabía ejercer el poder con magnanimidad. Su renombre se extendía por todo el mundo de ese entonces. El alcázar califal, malgrado su dilatada extensión, constituía tan sólo una cárcel cerrada de inaccesibles muros. Había en su interior cuanto pudiera concebir como bello la mente humana.

Ni el magnífico despliegue de lujo, ni la perpetua adulación que le tributaban consejeros y plebe, habían logrado jamás secar las fuentes sencillas y fuertes del corazón de Harún. Así, amaba el retirarse a su cámara, fingir que dormía y, luego abandonar el palacio por un pasadizo secreto y ganar a toda prisa las callejuelas de Bagdad. Disfrizado Harún podía contemplar lo que el pueblo hacía y pensaba. Esta costumbre muy suya le reservaba siempre alguna sorpresa inesperada. Y, harto necesitaba de este estímulo quien nunca hallaba oposición al menor de sus deseos.

Un día ocurriósele vagar por las callejuelas de Bagdad, vestido de mendigo. Fué a parar a

Se rió el joven de tan peregrina ocurrencia, en tanto Harún despidió de su amigo. Algunas horas más tarde, cuando declinaba perezosamente la luz solar, regresó de muy buen talante el supuesto mendigo.

—Oh, tarde dichosa y bienvenida! — exclamó jubilosamente. — Encanto tiene la paciencia, cuando es generoso el hombre que la practica, como dijera Scherazada. Ha ocurrido lo imprevisto. Al referirte a mi primo tu conducta y tu desinterés, se la contó en seguida al Califa, y éste ordena que cenes en su sacra compañía.

—Y cómo es ello posible ataviado con harapos? — No te preocupes — replicó Harún. — Apareceremos lo que somos: unos necesitados. Los pudientes no se preocuparán de nosotros.

Y, sin articular otra sílaba, Harún se encaminó a palacio con su amigo. De pronto desapareció aquél. Abul fué conducido a la sala del banquete y se colocó entre los huéspedes humildes. Un heraldo anunció la llegada del Califa, el cual no tardó en presentarse todo enojado. Recorrió con la mirada la amplia sala, y enfrenándose con Abul, dijo al Gran Visir como enfadado:

—Quién es ese mozo tan mal trajeado? — Aquel no supo qué contestar a su augusto amo, porque Abul le era cabalmente desconocido. Vacilaba en hacer arrestar al intruso, cuando el Califa se echó a reír y mandó sentar a su lado al desconocido.

—Enterado de la vida, que salvaste, ¿desearías otro cargo que el de bibliotecario? — exclamó Harún. Y por toda respuesta oyó:



los barrios peor frecuentados de su dominio. Y, la fatalidad, única soberana del mundo, según Mahoma, quiso fuera a descansar en una taberna, temeroso escondido de una banda de ladrones. Observándole atento a lo discurrido, uno de los malos lo acusó de ser un espía. Acto continuo los cacos le molieron a palos hasta desmayarlo. Luego, dándole por muerto, lo arrojaron a la calle. Atónito a pasar por estos apartados lugares, un estudiante mozo, Abul, de nombre, que tiempo y bueno, tenía el corazón sensible al sufrir de los otros. Echóse el herido al hombro, llevésole a su hogar y allí le bañó las heridas. Cuando Harún volvió en sí, sor-



cuán modesta era la ambición del agraciado adolescente. ¿Qué cosa podría negarle, si se la pidiera Abul, a trueque de haberle salvado la vida? Fácil le sería cumplir su parte en el trato, pero ¿qué podría hacer en cambio por él, Abul? Para probar aún más al novel amigo, Harún agregó:

—En nada podré ayudarte. ¡Ah, sí! Creo que por medio de un amañamiento de nuestro poderoso Califa, que el muy altísimo Allah guarde por muchos años, podré hacerte conocer su biblioteca. Sabedor del comportamiento, procurará seas invitado a palacio. Frente al soberano te arrojarás a sus plantas y le pedirás un destino.

—Recabo tan sólo de vuestra Serenidad, el cumplimiento de lo pactado. En el tranquilo remanso de los pergaminos, soy felicísimo. Le juro ayudarle en un todo.

Tendidos los huéspedes sobre los divanes, comenzó la cena. Durante su desarrollo, Abul incurrió en una falta aparente de etiqueta que molestó grandemente al Califa. Abul cambió su pocillo de café por el de su señor. A pesar de su enojo, reprimió este último su ira porque el hecho había pasado desapercibido, y no quiso abochornar a su amigo en público.

No pudiendo el Comendador de los Fieles olvidar lo acaecido la noche anterior, fué en busca de su protegido. Le halló en el acto de examinar un can que acababa de expirar.

—Cómo te atreves a traer a este recinto un animal impuro — interrumpió Harún, ciego de ira. — Asímismo, ¿por qué trocaste anoche los pocillos? —

—Estoy cumpliendo en un todo con el pacto — replicó Abul sin inmutarse. — Yo no bebí tu café, pero este can lo ha hecho. Observa.

—Envenenado! — aulló el Califa. — ¿Sabes tú quién puso el tóxico? — De las indagaciones resultó culpable el emir sentado a la diestra de Harún. Había sido aquél derrotado por los ejércitos del Califa y, fingiendo sumisión, bajó a la corte para ultimarlo a su jefe supremo.

Días más tarde, cuando fué conjurada la conspiración, volvió Harún a platicar con el fiel Abul:

—Razón tuviste, caro amigo, cuando abandonado de todos me llevaste a tu casa y me dijiste que había de esperarme más de un corazón leal y sincero, no obstante su pobreza, que de un amigo en la opulencia. Jamás podré compensarte en la medida de tus merecimientos, porque tus anhelos son harto fáciles de satisfacer, pero te afirmo desde lo más hondo de mi corazón, que mientras viva yo te querré con el mismo afecto desinteresado que me profesaste cuando me encontraste en tu camino.

Al hallar a tu paso a un extraño, nunca seas el primero en rechazar su deferente saludo o su insinuación de la amistad, porque muy bien puede resultar un amigo de tu destino para ayudarte favorablemente el curso de tus días.



JUAN Bautista Troppmann, natural de Cernay (Alsacia) nació en 1849 y fué ejecutado en París el 19 de enero de 1870. Fue inventor de un mecanismo de crimen que concibió y realizó no llegó a funcionar de la manera prevista y este error le costó la cabeza.

Su padre, José Troppmann, mecánico, entre otros aportes a la entonces naciente industria, perfeccionó algunos implementos para máquinas de tejer que no llegaron a proporcionarle la riqueza que ambicionaba. Carecía del sentido práctico necesario para triunfar en el mundo de los negocios.

Su madre, era lo suficientemente inteligente como para comprender la importancia de los inventos de su marido, pero no para alcanzar las riquezas de sus constantes fracasos. Tanto el padre como la madre estaban envenenados por un profundo odio y un sentimiento de amargo reproche a la sociedad, causante según ellos, de sus reiterados derrumbes económicos. Día a día se levantaba ante ellos la inseguridad de poder satisfacer sus necesidades más elementales, pues la miseria los asediaba con intensa sa-

En ese ambiente se desarrolló la niñez de Juan Bautista y su carácter se modeló en las ambiciones y odios de sus progenitores. Se alimentó con las amarguras y encono maternos y su organismo débil sufrió con intensidad las privaciones físicas y aunque dotado de una fuerte sed de conocimientos, fué empírico en sus ensayos y estudios, pues carecía de una base sólida para su ambicionada carrera científica.

De todo este cuadro familiar, un imperativo se levantaba imponente ante él: Ser rico. La solución lógica, dado el ambiente en que se desarrolló, no podía ser sino ésta: Ser inventor.

A los catorce años se vio obligado a abandonar la escuela y entró a trabajar en el taller paterno. En las horas de descanso se encerraba en su cuarto rodeado de frascos, probetas y retortas y algunas pequeñas porciones de sales y ácidos, pretendiendo así introducirse en el terreno de la química. El odio hereditario a sus semejantes lo impulsó a encauzar sus ensayos, no en busca de preparaciones que fueran benéficas a la humanidad, sino que lo llevó a hacer incursiones por el país fascinador de los tóxicos.

Alternaba sus experimentos con lecturas románticas, pero su temperamento unilateral que lo llevaba a no amar sino a una persona, desear sólo una cosa y ver sólo desde un punto de vista, le hizo admirar un solo libro cuya lectura le deleitaba hasta la imitación: "El Judío Errante", de Eugenio Sue. Nunca la subjetividad del primer amor literario ha alcanzado el grado de desarrollo que alcanzó en Troppmann hacia su único libro.

En uno de los pocos momentos de prosperidad industrial, su padre lo envió a París para que hiciera entrega de una máquina que debía instalarse en una fábrica establecida en Pantin, en los suburbios de la capital. Después de permanecer allí cierto tiempo, se trasladó a Roubaix con encargo de instalar otra máquina similar.

En esta ciudad trabó amistad con varios vecinos, cosa insolita en él, dado su carácter retraído, entre otros con un tal Juan Kinck, alsaciano como él, y modelo de lo que el padre de Troppmann hubiera ambicionado. De origen humilde, había llegado a Roubaix, hacia unos treinta años, como obrero, consiguiendo gracias a un profundo sentido de los negocios, ser dueño de una fábrica y la propiedad de tres casas y otros bienes.



lloer paterno. En las horas de descanso se encerraba en su cuarto rodeado de frascos, probetas y retortas y algunas pequeñas porciones de sales y ácidos, pretendiendo así introducirse en el terreno de la química. El odio hereditario a sus semejantes lo impulsó a encauzar sus ensayos, no en busca de preparaciones que fueran benéficas a la humanidad, sino que lo llevó a hacer incursiones por el país fascinador de los tóxicos.

Alternaba sus experimentos con lecturas románticas, pero su temperamento unilateral que lo llevaba a no amar sino a una persona, desear sólo una cosa y ver sólo desde un punto de vista, le hizo admirar un solo libro cuya lectura le deleitaba hasta la imitación: "El Judío Errante", de Eugenio Sue. Nunca la subjetividad del primer amor literario ha alcanzado el grado de desarrollo que alcanzó en Troppmann hacia su único libro.

En uno de los pocos momentos de prosperidad industrial, su padre lo envió a París para que hiciera entrega de una máquina que debía instalarse en una fábrica establecida en Pantin, en los suburbios de la capital. Después de permanecer allí cierto tiempo, se trasladó a Roubaix con encargo de instalar otra máquina similar.

En esta ciudad trabó amistad con varios vecinos, cosa insolita en él, dado su carácter retraído, entre otros con un tal Juan Kinck, alsaciano como él, y modelo de lo que el padre de Troppmann hubiera ambicionado. De origen humilde, había llegado a Roubaix, hacia unos treinta años, como obrero, consiguiendo gracias a un profundo sentido de los negocios, ser dueño de una fábrica y la propiedad de tres casas y otros bienes.

En esta ciudad trabó amistad con varios vecinos, cosa insolita en él, dado su carácter retraído, entre otros con un tal Juan Kinck, alsaciano como él, y modelo de lo que el padre de Troppmann hubiera ambicionado. De origen humilde, había llegado a Roubaix, hacia unos treinta años, como obrero, consiguiendo gracias a un profundo sentido de los negocios, ser dueño de una fábrica y la propiedad de tres casas y otros bienes.

En esta ciudad trabó amistad con varios vecinos, cosa insolita en él, dado su carácter retraído, entre otros con un tal Juan Kinck, alsaciano como él, y modelo de lo que el padre de Troppmann hubiera ambicionado. De origen humilde, había llegado a Roubaix, hacia unos treinta años, como obrero, consiguiendo gracias a un profundo sentido de los negocios, ser dueño de una fábrica y la propiedad de tres casas y otros bienes.

En esta ciudad trabó amistad con varios vecinos, cosa insolita en él, dado su carácter retraído, entre otros con un tal Juan Kinck, alsaciano como él, y modelo de lo que el padre de Troppmann hubiera ambicionado. De origen humilde, había llegado a Roubaix, hacia unos treinta años, como obrero, consiguiendo gracias a un profundo sentido de los negocios, ser dueño de una fábrica y la propiedad de tres casas y otros bienes.

En esta ciudad trabó amistad con varios vecinos, cosa insolita en él, dado su carácter retraído, entre otros con un tal Juan Kinck, alsaciano como él, y modelo de lo que el padre de Troppmann hubiera ambicionado. De origen humilde, había llegado a Roubaix, hacia unos treinta años, como obrero, consiguiendo gracias a un profundo sentido de los negocios, ser dueño de una fábrica y la propiedad de tres casas y otros bienes.

En esta ciudad trabó amistad con varios vecinos, cosa insolita en él, dado su carácter retraído, entre otros con un tal Juan Kinck, alsaciano como él, y modelo de lo que el padre de Troppmann hubiera ambicionado. De origen humilde, había llegado a Roubaix, hacia unos treinta años, como obrero, consiguiendo gracias a un profundo sentido de los negocios, ser dueño de una fábrica y la propiedad de tres casas y otros bienes.

En esta ciudad trabó amistad con varios vecinos, cosa insolita en él, dado su carácter retraído, entre otros con un tal Juan Kinck, alsaciano como él, y modelo de lo que el padre de Troppmann hubiera ambicionado. De origen humilde, había llegado a Roubaix, hacia unos treinta años, como obrero, consiguiendo gracias a un profundo sentido de los negocios, ser dueño de una fábrica y la propiedad de tres casas y otros bienes.

En esta ciudad trabó amistad con varios vecinos, cosa insolita en él, dado su carácter retraído, entre otros con un tal Juan Kinck, alsaciano como él, y modelo de lo que el padre de Troppmann hubiera ambicionado. De origen humilde, había llegado a Roubaix, hacia unos treinta años, como obrero, consiguiendo gracias a un profundo sentido de los negocios, ser dueño de una fábrica y la propiedad de tres casas y otros bienes.

En esta ciudad trabó amistad con varios vecinos, cosa insolita en él, dado su carácter retraído, entre otros con un tal Juan Kinck, alsaciano como él, y modelo de lo que el padre de Troppmann hubiera ambicionado. De origen humilde, había llegado a Roubaix, hacia unos treinta años, como obrero, consiguiendo gracias a un profundo sentido de los negocios, ser dueño de una fábrica y la propiedad de tres casas y otros bienes.

Atroz Matanza

Carlos Pérez Ruiz

Ilustración de Guevara

nes avaluados en unos 100.000 francos.

Su esposa, Hortensia Julieta, era de distinto temperamento y origen que Kinck. Sus hijos tenían el matrimonio, cuyos padres estaban comprendidos entre los quince y los dos años.

No obstante que Kinck llevaba a su amigo unos 22 años, la amistad creció entre ellos en forma sincera en cuanto al primero y hábilmente simulada por parte de Juan Bautista.

La señora Kinck no veía con agrado la influencia que éste ejercía sobre su esposo, que se había tornado haragán, descuidado en sus negocios y demagógicamente alegre en sus costumbres. "Troppmann me hará millonario un día", solía exclamar alegremente el marido.

Para Juan Bautista, Kinck sólo representaba una cifra: 100.000 francos. Aprovechándose de esa suma para su solo provecho fué en la sucesiva la única finalidad de su vida, estableciendo un paralelo entre los Kinck y la familia Rennefont de "El Judío Errante".

A partir de ese momento, el futuro de la familia estaba decidido, sólo había que trazar el plan general y los detalles, y esta constante cavilación lo llevó al borde de la melancolía.

En la elección y trazado del proyecto, se puso de manifiesto su imaginación creadora, sus condiciones de inventor fueron puestas a prueba y al fin concluyó, hasta en sus menores detalles, el funcionamiento de todo ese mecanismo que había de convertir, por medio de sangrienta alquimia, a toda una familia en 100.000 francos y para él solo.

Inmediatamente y sin ninguna vacilación comenzó a preparar a Kinck para la muerte. Convenció a su amigo de la facilidad de realizar una habil falsificación de moneda, para lo que sería conveniente realizar sus trabajos en una región solitaria de Alsacia. Después le hizo creer que una banda de falsificadores que había realizado muchos negocios, pensaba retirarse y que toda la planta de la instalación pasaría a su poder mediante la entrega de 5.000 francos.

Misteriosamente para su familia y amistades, Kinck organizó el viaje. Preparó dos maletines, llevó consigo una pequeña suma de dinero, dos cheques en blanco de la Caja Comercial de Roubaix y una soberana.

Troppmann y Kinck partieron primero a fin — decía — de preparar el negocio con la banda.

En la fecha convenida se encontraron en la pequeña estación ferroviaria de Bollwiller, cercana a Guebwiller, la ciudad natal de Kinck. Después de pasar un rato, comieron en la taberna de Mme. Laevert, saliendo juntos en dirección a Cernay por un camino cercano a un viejo castillo abandonado, llevando Troppmann en el bolsillo una botella de vino y una solución de ácido prúsico.

Nadie volvió a ver a Kinck. Troppmann llegó a su pueblo esa misma noche y empezó a ejecutar su plan.

Escribió una misiva a la esposa de su víctima, adjuntándole uno de los cheques, llenado por 5.000 francos y la firma regularmente falsificada. Dedicó como Kinck se había lastimado la mano, él le escribía bajo su dictado; que los negocios iban bien y le daba instrucciones de que una vez cobrado el cheque le enviara el dinero a la oficina de correo de Guebwiller. Así lo hizo la señora puntualmente.

En la citada oficina de co-

A partir de ese momento, sobraba una pieza en el mecanismo, y su inventor decidió arrancarla. Gustavo desapareció como había desaparecido su padre.

Recibido el telegrama, la señora Kinck preparó los equipajes, ordenó y empaquetó toda la documentación de ella, su esposo y sus hijos y se apresuró a partir.

Entre tanto, Troppmann adquirió las herramientas: palas, picos, etc. El día fijado para la llegada de la familia, tuvo la sorpresa al llegar al hotel, de que los Kinck lo estaban esperando, pues en su apresuramiento habían tomado un tren anterior al convenido.

Decididamente el mecanismo no andaba. Troppmann les explicó que Juan y Gustavo Kinck se habían tendido que ausentar urgentemente a Pantin, adonde todos debían trasladarse. Tomaron un carruaje y a las 10.50 de la noche partieron todos para juntarse con el jefe de la familia.

Llegados a un punto descampado, hizo parar el coche y descendieron él, la señora Kinck y la pequeña Hortensia, quedando los demás chicos en el coche.

A los 20 minutos exactamente, regresó Troppmann a recogerlos "para llevarlos adonde estaban sus padres", pagó al cochero y se perdió en la noche. El trabajo quedó así terminado. La familia Kinck se había convertido en oro. Troppmann era ahora Juan Kinck (tenía sus papeles), sacaría su pasaporte y se iba a viajar para América.

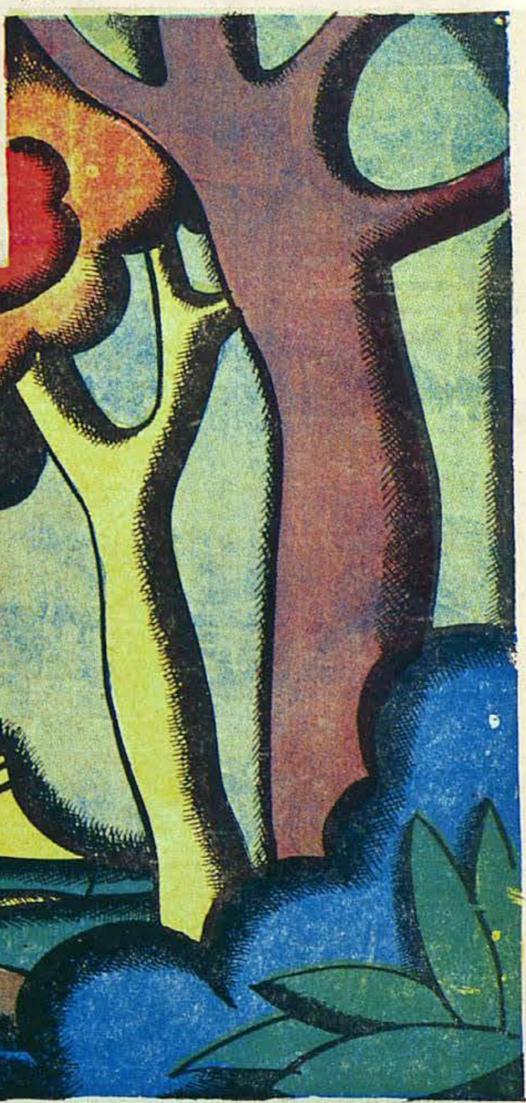
A la mañana siguiente recogió los objetos, efectos y documentos de la familia asesinada y tomó el tren para Liavre, dispuesto a embarcarse. Pero el mecanismo que cayó terminado de pronto formó circuito.

Un labrador encontró en el bosque los cadáveres semi enterrados de sus víctimas, moviózose la policía, identificándose los despojos y remayeron las sospechas sobre Juan Kinck, tornándose por tanto peligrosos los documentos de este en los que Troppmann trató escurrirse. Estaba, pues, encerrado en la ratonera.

Fehril y nervioso, fué accidentalmente detenido por su gendarme a quien se hizo sospechoso por sus maneras, pero que estaba lejos de imaginar que había pasado un pez gordo. Invitado a acompañarlo a la comisaría, en momentos en que pasaban cerca del pueblo, intentó escaparse arrojándose al agua de donde fué extraído y llevado ante las autoridades.

La noticia que "Kinck" había sido capturado, corrió rápidamente causando profunda sensación, pero finalmente pudo establecerse la verdadera identidad del detenido, a quien se le encontraron elementos de prueba suficientes como para ordenarse su ejecución.

Al ser transportado a la guillotina, luchó ferrocemente con los que lo conducían, pero al ver la sinistra figura de un personaje forrado de negra levita, que lo aguardaba en el cadalso, sufrió un desvanecimiento, lo que simplifiqué mucho la tarea de los encargados de colocar su pescuezo bajo la cuchilla.



La Fiebre Pavorosa de la Tierra

por Euclides da Cunha
ILUSTRACION DE RECHAIN

LA seca se aproxima. El sertanero se advierte y la preña, gracias al ritmo singular con que el flagelo se desencadena.

No huye, sin embargo, abandonando de pronto la tierra, poco a poco, invadida por un limbo candente que irradia desde Ceará.

Buckla, en página notable, señala la anomalía de la inadapación del hombre a las calamidades naturales que lo cercan. Ningún pueblo tiene más pavor a los terremotos que el peruano, y en el Perú los niños, al nacer, tienen sus cunas meciadas por las vibraciones de la tierra.

Nuestro sertanero, sin embargo, es una excepción a la regla. La seca no lo asusta. Es un complemento de su vida tormentosa, encuadrada en escenas tremolantes. La afronta estoicamente. Malgrado las dolorosas tradiciones que conoce a través de un sin número de epidemias terribles, alimenta a todo trance la esperanza de una resistencia imposible.

Con los exigüos recursos de sus propias observaciones y de las de sus mayores, en las que enseñanzas prácticas se mezclan a extravagantes supersticiones, procura estudiar el mal, para conocerlo, soportarlo y combatirlo. Se apresta con singular seriedad a la lucha. Dos o tres meses antes del solsticio de verano, apuntala y refuerza los muros de las preces, o limpia las cacimbas. Roza y rotura las estrechas fajas de suelo arable al margen de los riachos. Está preparado para las plantaciones ligeras a la llegada de las primeras lluvias.

Procura luego desventar el futuro. Vuelve la mirada hacia las alturas; observa detenidamente hacia los cuadrantes; escruta los tramos más fugitivos de los paisajes.

Los síntomas del flagelo se le aparecen, entonces, encadenados, en serie, sucediéndose inflexibles, convertidos en señales conmemorativas de un mal cíclico: la fiebre pavorosa de la Tierra. Se suceden, rápidas, las lluvias centales, en octubre, en novenas fugazmente disueltas en los aires escaldados, sin dejar rastros; y pintan las caatingas, aquí y allí, por todas partes, motas pardas de árboles marchitos, cada vez más numerosos y mayores, fingiendo ceniceros de una combustión sofocada sin llamas; y se agrieta el suelo; y desciende lentamente el nivel de las cacimbas...

Del mismo modo, nota que los días, enardecidos apenas alhora, trascurren abrasadores, a medida que las noches se tornan sucesivamente más frías.

La atmósfera le absorbe, con avida de espanta, el sudor de la frente, mientras la madurata de cuero, ya sin la flexibilidad primitiva, se le endurece en los hombros, resaca, rígida, convertida en una coraza de bronce. Y al caer de las tardes, cada vez más fugaces, sin crepusculos, contempla entristecido, en los aires, en bandadas, las primeras aves emigradoras, tendiendo el vuelo hacia otros cielos...

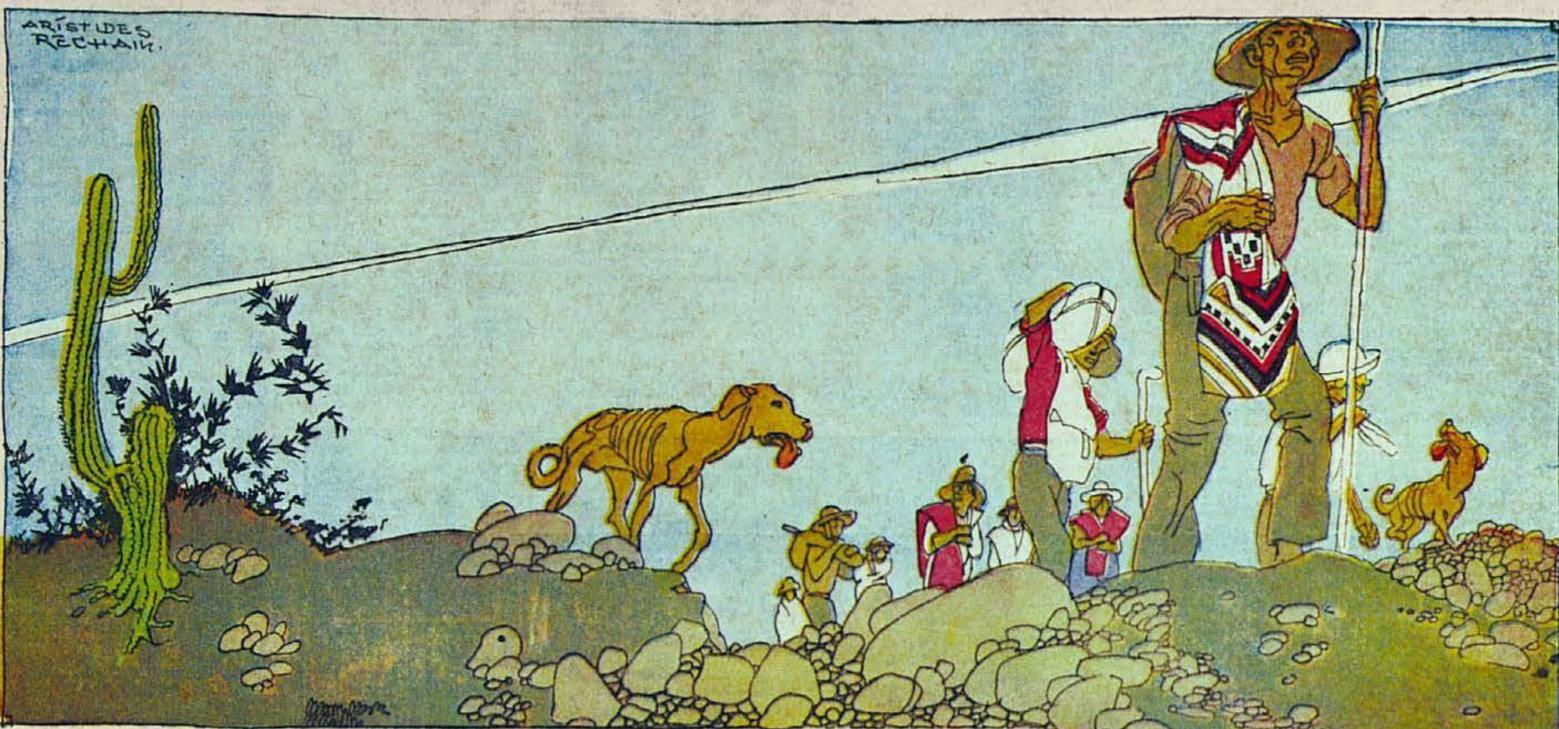
Es el preludio de su desgracia. La ve acentuarse en un crescendo hasta diciembre. Se previene, en revista, aprensivo, a las majadas. Recorre los extensos campos de pastoreo. Busca entre las alturas que se esterilizan, campañas más benignas hacia donde arrear la hacienda. Y espera, resignado, el día 13 de aquel mes. Porque en tal fecha, una costumbre aboleña la facultad para sonar el futuro, interrogando a la Providencia.

Es la tradicional experiencia de Santa Lucía. El día 12, al anochecer, expone al relente, alineados, seis granitos de sal, que representan, en orden sucesivo, de izquierda a derecha, los seis meses venideros de enero a junio. Al amanecer el 13, las observa: si están intactas, presagian la seca; si la primera apenas se diluyó, transformada en gota cristalina, es segura la lluvia en enero; si la segunda, en febrero; si la mayoría, o todas, es inevitable el invierno bienhechor.

Esta experiencia es bellísima. Porque, pese al estigma supersticioso, tiene base positiva y es aceptable, desde que se constata que de izquierda a derecha, el mayor o menor dosaje de vapor de agua en los aires y, deductivamente, mayores o menores probabilidades de depresiones barométricas, capaces de atraer la afluencia de las lluvias.

Mientras tanto, aun cuando tradicional, esta prueba deja indeciso aún al sertanero. Aguarda, resignado, el equinoccio de la primavera, para una decisiva consulta a los elementos. Se pasa tres largos meses en ansiosa expectativa, y el día de San José, el 19 de marzo, procura un nuevo augurio, el último. Aquel día, en para el índice de los meses subsiguientes. Retrátele, reunidas y abreviadas en doce horas, todas las alternativas climáticas venideras. Si llueve durante él, el invierno será lluvioso; si, por el contrario, el sol cruza, abrasador, el firmamento claro, ruedan por tierra todas sus esperanzas.

La seca es inevitable. Es, entonces, cuando se trasfigura. Ya no es el indolente incorregible el impulsivo violento lanzado en la carrera a través de las picadas. Excede su situación rudimentaria. Resignado y tenaz, con la implacabilidad de los fuertes, encara de hito en hito la fatalidad irrefrenable, y resiste. El heroísmo tiene, en los sertaneros, ignorados por completo, tragedias espantosas. Imposible revivirlas o epitelizarlas. Surgen de una lucha que nadie describe: la rebelión



de la tierra en las alturas. Su primer amparo es la fe religiosa. Abrazando los santos milagrosos, erguidas las cruces, alzadas las andas, las banderas del Divino flameando al viento, allá van, a través de los descampados, familias enteras; no ya los fuertes y sanos, sino que también los viejos decrepitos y los enfermos claudicantes, cargando sobre los hombros y la cabeza, las piedras de los caminos, mudando los santos de un

lugar para otro. Repercuten, durante largos días, monótonas, por las soledades, por donde pasan las lentas procesiones propiciatorias, las letanías tristes. Brillan, noches enteras, sobre las chapadas, desambulantes, las velas de los penitentes... Pero los cielos persisten sinismatras, marmurando a las mismas horas las oraciones de costumbre, se apresta al sacrificio. Arremete, azada y pico en mano, la tierra, buscando en los estratos

inferiores el agua que huyó de la superficie. A veces la alcanza; otras, tras enormes fatigas, tropieza con una capa de piedra que anula todo el esfuerzo empleado; y otras, lo que a menudo acontece, después de descubrir una tenue sábana líquida subterránea, la ve desaparecer uno o dos días después, evaporada o succionada por el suelo. Sigue tenazmente, profundizando la mina, a caza del tesoro fugitivo. Vuelve, al fin, ex-

hausto, al borde de la fosa que abriera, como un desenterrado. Pero como su rara frugalidad le permite pasar los días con algunos puñados de pasoca, no le flaquea así nomás el ánimo. Allí está, a su alrededor, la

caatinga, su agreste granero. Le excudriña. Corta en pedazos los ligos chumbos que lo aplacan (o las ramas verdosas de los joazeiros que alimentan las marrares reses familiares; derriba los brotes de los ouricury y los ra-

lla, los amasa, los cueca, componiendo un pan siniestro, el "bró", que hincha los vientres en un hartazgo ilusorio, ahitando al hambriento; llena las vasijas de coquillos, arranca las raíces tumbidas de los umbuzelos, que mitigan la sed de los hijos, reservando para sí el zumo astringente de los cladodios del chicre-chique, que enrounceca o extingue la voz de quien los bebe y se excede en faenas, apelando, infatigable, a todos los recursos, fuerte y cariñoso, defendiéndose y extendiendo a la prole abatida, y a los rebeldes confinados, su energía sobrehumana.

Bálansele, sin embargo, los esfuerzos.

La naturaleza no lo combate tan sólo con el desierto. Publícala, contrastando con la fuga de las seriemas, que emigra hacia otras altiplanicies, y de las cotarras, que huyen hacia el litoral remoto, una fauna cruzaban la seca, abanicada sobre el ganado, almidando. Sonajean las cacimbas, innumerables, tanto más numerosas cuanto más ardiendo el estío, entre las maciegas resacas.

Por la noche, el jaguar traicionero y ladrón, que le roba los terneros y los becerros, viene a rondar su misera ranchada.

Es un enemigo más que tiene que vencer.

Le ahuyenta y espanta, precipitándose con un tizón encendido en el patio desierto. Y si no retrocede, lo acomete. Pero no a tiro, porque sabe que desviada la mira, o poco eficaz el plomo, la fiera, "cayendo sobre la humaza", es invencible.

El pugilato es más conmovedor. El atleta debilitado, tendiendo en la mano izquierda la hocuilla y en la derecha el cuchillo, irita y ofensa a la fiera, provocale el bote y lo para en el aire, trasapandole de un golpe.

No siempre, sin embargo, puede aventurarse a hazaña tan temeraria. Una enfermedad extravagante completa su desdicha: la hemerolopia. Esta ceguera es paradójicamente producida por las reacciones de la luz; nace de los días claros y ardientes, de los firmamentos fulgurantes, del vivo ondular de los aires abrasados sobre la tierra desnuda. Apenas el sol se oculta en el horizonte la víctima nada ve ya. Está ciega. La noche lo ahoga de súbito, antes de envolver la tierra. Y a la mañana siguiente la vista extinta revuelve, encendiéndose con el primer lampo de levante, para apagarse de nuevo, a la tarde, con dolorosa intermitencia.

Con ella revive su energía. No se considera vencido. Se levanta. Le restan para calmar y sustentar los hijos, los tallos tiernos, los mangarás de las bromelias salvajes. Los engaña con esos manjares bárbaros.

Sigue, a pie, ahora, porque se le destroza el corazón sólo de ver el caballo, los poterosos. Contempla allí la ruina de la "fazenda": toros espectrales, vivos no se sabe cómo, apoyados a los árboles muertos, levantando apenas el esqueleto esmirriado sobre las patas secas, caminando, como si se tambalearan, toros muertos la día intactos, que los mismos urubú rechazan porque no consiguen desgarrar a picotazos, sus pieles torradas; toros tristes, en redor del abra, de suelo aterroñado en donde fuera la aguada predilecta y lo que más le apena, los que no del todo exhaustos aún lo buscan y lo circundan, confiados, mugiendo en largo reclamo triste que más parece un lloro.

Y ni una tuna abulta más en su derredor; fueron ruidadas las últimas ramas verdes de los joazeiros.

A su lado, sin embargo, se enmarañan impenetrables, hileras de macambias. Es todavía un recurso. Los incendia, golpeando el yesquero en las encendidas de las hojas resacas para, en rápida combustión, despojarlas de sus espinas. Y cuando los rollos de humo se ovillan y se diluyen en el aire purísimo, se ven, corriendo de todos lados, en tardo tropel de estropeados, las magras reses familiares, en busca del último alimento...

Por fin, todo se agota, y la situación no se modifica. No hay probabilidades, siquiera, de lluvias. La corteza de los marseiros no exuda, pronunciándose. El noroeste persiste intenso, rodante, por las altiplanicies, zumbando en prolongados aullidos entre el ramaje estrepitante de las caatingas, y el sol arrastra, reverberando en el firmamento claro, los incendios inextinguibles de la cacimba.

El sertanero, dominado por los reveses, se doblega, al fin.

Pasa, cierto día, por delante de su rancho, la primera cuadrilla de "estrantes". Y ella, asombrado, cruzar el patio, miseranda, desapareciendo adelante, en medio de una nube de polvo, en la curva del camino. Al día siguiente, otra. Y otras. Es el sertón que se vacía.

Ya no resiste. Se une a uno de esos grupos que allá van, chapada afuera, marginando de osamientos los caminos, y allá va también él, en el éxodo penosísimo hacia la costa, hacia las sierras distantes, hacia cualquier lugar en donde no lo mate el elemento primordial de la vida.

Alcázanlo. Se salva. Trascurren los meses. Termina el flagelo. Híelo de vuelta. Le vence la afonanza del sertón. Reemigra. Y regresa feliz, retemplado, olvidado de infortunios, buscando las mismas horas pasajeras de la ventura perdida e inestable, los mismos días largos de trances y privaciones prolongadas.

Desnuda entre Serpientes

LA persona más interesada en que haya concluido durante mis muchas y largas correrías a través de todo el Continente Negro, es una mujer que vive en las montañas al norte de Zululandia, compartiendo su choza con una serpiente de siete metros de largo. El modo de vivir de esa mujer, una hechicera, y sus dones extraordinarios de curandera y vidente, hacen de ella un caso exacto de la imagen que nos formamos de las pitonisas de la vieja Grecia.

Encontré a Tuadekili, por primera vez, hace varios años, cuando en las montañas de Enyati me documentaba acerca de las brujerías indígenas. Nuestras relaciones se hicieron más frecuentes y ganamos mutua confianza mayor confianza a medida que repetía mis visitas a Zululandia, de suerte que por último constituía la nuestra una sólida amistad, mezclada, de parte mía, con verdadero respeto y una intensa curiosidad por todo lo que se relacionaba con el culto de esa extraordinaria mujer.

Llegan al "kraal" aislado que habita Tuadekili hombres y mujeres procedentes de todas partes del país de los Zulús para buscar la salud y la paz que han perdido o que se les ha turbado. Los enfermos, los ansiosos de escuchar el porvenir y los enarmonados preocupados no temen los inconvenientes de largos e incómodos viajes para llegar hasta la pitonisa, porque saben que ésta es capaz de redimirlos de cuerpo y alma. Y todos vuelven del "kraal" solitario curados y aliviados.

Alta, impresionante, con los cabellos que en innumerables trenzas pendan sobre su rostro y con la mirada, la mirada de esos ojos de forma de avellana, fija en un mundo invisible, Tuadekili invoca a Umkulum Kulu, el dios supremo, y al instante se presia de un ataque cataleptico. Busca la inspiración haciendo un llamado a las falanges de leopardos que siempre lleva consigo en un saquito. Si el paciente se halla bajo la influencia de una pesadilla que le hace temer una desgracia inminente, la hechicera le da buenos consejos y lo despierta dejándolo ante un mudo y confiado, regalándole acaso una pluma mágica para que la coloque en su cabellera o un pedazo de cuerno o cualquier otro objeto dotado de un extraordinario poder de protección contra futuros peligros.

En los casos más serios, invoca el espíritu del "anciano dos veces sabio" cuyo cuerpo ha sido enterrado, muchos años atrás, en el centro de la misma choza. Sólo en casos de extrema gravedad, la hechicera se sirve de los magníficos poderes de la serpiente que vive con ella. Esta posee el saber de los siglos de los siglos, y cuando Tuadekili precisa de su inspiración, sale del rincón en que comúnmente permanece, se endereza y se levanta frente a la mujer, cruza su mirada con la de ella y le comunica en esa forma la inspiración adecuada, la sugestión propicia. Acto seguido, la pitonisa manifiesta su profecía o ejerce sus poderes a fin de sanar a un enfermo. A veces la curación se opera en el transcurso de unos minutos, otras veces requiere algunas horas, días y aun semanas de perma-

nencia en el "kraal" y en una choza especialmente preparada. Si bien son distintos los procedimientos y es variada la duración de las curas, el resultado es siempre el mismo. Los que han llegado enfermos abandonan el "kraal" completamente restablecidos. Tuadekili levanta la mano hacia el cielo y da las gracias a Umkulum Kulu que, por su intermedio, acaba de realizar una nueva curación.

Tuadekili contestaba todas mis preguntas con un sencillo "Umkulum Kulu" y, levantando la vista hacia el cielo, evitaba cuidadosamente toda explicación más concreta. Pero cierto día descubrí la presencia de una muchacha joven en el "kraal", y no fue pequeña mi sorpresa cuando me di cuenta de que llevaba el peinado de pitonisa.

Cierta vez observé en un "kraal" a un brujo que ejecutaba una danza mágica alrededor de un cercado con el propósito de sanar algunos animales atacados de una enfermedad grave.

de las esposas del hechicero. Su llegada bastaba para poner término a los lamentos de las mujeres que siempre están llorando frente a la choza de una mujer en trance de ser madre, con el propósito de evitar que los malos espíritus oigan los gritos de la madre. Poco a poco, todo el mundo se fué retirando del "kraal" y por fin quedaron la hechicera y la futura madre a solas. Poco rato después se supo que había nacido una niña y, efectivamente, abandonó la pitonisa momentos después la choza, presentando al padre un pedacito negro de humanidad, diciéndole solemnemente: —Umkulum Kulu, utiliza a esta tu hija con el nombre de Ramini. Será una gran pitonisa. Educala con cuidado. A la hora predestinada vendrá a buscarte.

Y en seguida se retiró acompañada por un coro de saluciones y de protestas de agrado.

están alerta y tienen paciencia. Antes de que hubiera podido contestar, desapareció en su choza, donde la presencia de la serpiente era motivo suficiente para mantenerme alejado y quitarme las ganas de entrar. Pasaron seis días. La noche siguiente tendríamos una luna llena. A la tarde ya me instalé junto a la entrada de mi tienda y hasta el alba no perdí de vista las chozas vecinas. Mas no vi nada; y el día siguiente lo pasó durmiendo. A la noche retomé mi puesto de observación. Me costó un enorme esfuerzo vencer el sueño. A medianoche me levanté y di unas vueltas alrededor de la tienda. De repente creí haber visto en el "kraal" una forma que se movía a la sombra de la choza. Luego apareció una figura de mujer que se adelantaba silenciosamente con los brazos rigidamente tendidos hacia adelante. Atravesó un calvero inundado de una luz argentina y me

colocé públicamente bajo un nuevo encanto. Los habitantes del "kraal" fueron a despedirse de la muchachita llorando, arrancándose mechones de cabello y con los rostros pintados de orre en señal de duelo. No debían volver a verla ya hasta el día en que Ramini, consagrada por una serpiente, sería consultada por la gente en su nueva dignidad de pitonisa.

Los años pasaron para Ramini solitarios, pero llenos de secretas instrucciones. Durante horas y más horas, las dos mujeres se encerraron con la serpiente en la choza, dedicadas a extrañas ceremonias y preparaciones nuevas fórmulas. Se acercaba la hora en que Ramini llegaría a la cuspide de su arte y recibiría de Umkulum Kulu, su consejero, la serpiente. Empezaría entonces a ejercer sus poderes bajo la protección espiritual de Tuadekili, que al principio

de la luna, en el silencio y vacío de la noche africana, avanzaba la mujer mecánicamente, arrastrándose tras ella un largo cuerpo sinuoso cuyos reflejos vibraban y centelleaban. Yo mismo caminé como hechizado, incapaz de comprender o explicar lo que fuera y siguiendo las marcas que los anillos de la serpiente dejaba en el suelo resaca, a mis débiles oírta elección y seguridad de la realidad. Aun cuando ya no recordaba la necesidad de evitar el menor ruido, ni la mujer ni la serpiente parecían percatarse de mi presencia. Por fin, Ramini llegó al "kraal", entró, se dirigió hacia la choza nueva y desapareció en su interior, seguida siempre por la serpiente. En el "kraal" no se percibía ni una voz, ni un movimiento. Volví a mi tienda, donde me esperaba mi perro, temblando y chumbando, aunque la noche fuese agradable. Pero cuando me vió, en vez de alegrarse y calmarse, huyó y, con un grito de terror, se escondió en un rincón de la tienda, hecho una lastimera imagen de la desesperación.

A la mañana siguiente, mi sirviente me despertó muy tarde y al servirme una taza de café, me transmitió este comunicado: "Musungu, Tuadekili te hace saber que el que es listo y alerta también es discreto y prudente".

¡Ramini! Quise llamarla, pero una fuerza interior e invisible estrangulaba las palabras en mi garganta. La joven marchaba, silenciosa como una sombra, con el extraño movimiento de una estatua que se arrastrara sobre el suelo. ¿A dónde se dirigía, solemne, misteriosamente, en esa noche trágica que ninguna mu-



decimiento. Y al mismo tiempo tuvo lugar un hecho insólito: Ramini sonreía en los brazos de su padre.

La niña creció y se desarrolló sana, vigorosa, inteligente y dulce, protegida por un collar encantado de cuentas rojas y negras que Tuadekili le había colocado, en la hora de su nacimiento, alrededor del cuello. Todo la tribu la consideraba como una princesa, le guardaba los mejores bocados, las pieles de género más apreciado y las esteras de dormir más vaporosas y blandas. Cuando tenía nueve años, su padre empezó a hacerle largas explicaciones, como no las hubiera dado ni siquiera en honor de una mujer adulta; le enseñó todo cuanto sabía, sin exceptuar los viejos secretos de su profunda sapiencia. Ramini escuchaba y comprendía todo, demostrando una seriedad y una inteligencia muy superiores a su edad. Cuando cumplió doce años, fué a buscarla Tuadekili por orden del espíritu del "anciano dos veces sabio" y la co-

mo le pasaría los casos más sencillos. Se quedaría con la mitad de los regalos y cedería la otra mitad a su educadora, a la que serviría de asistente hasta el día en que la muerte las separara. Entonces, sólo entonces, Ramini llegaría a ser maestra de su arte, porque pasaría a ella la ciencia suprema de la pitonisa que expiraría y se reunirían en su derredor los espíritus del "anciano dos veces sabio" y de la serpiente de Tuadekili, que, como en todos esos casos, moriría al mismo tiempo que su maestra.

Movido por un extraño presentimiento, interrogué a Tuadekili cierto mediodía con mayor insistencia que de costumbre. Parecía estar profundamente pensativa durante unos instantes, pero luego me dijo con una fina sonrisa en sus ojos mongoles: —Cuando la luna esté llena, ella verá muchos acontecimientos sobre esta tierra. Otros ojos también pueden verlos si sus dueños son prudentes.

por

ATILIO GATTI
ILUSTRACION DE GUIDA

EL DETECTIVE MAGNIFICO

por Victor Juan Guillot
Ilustraciones de Parpagnoli

LAMABASE Joseph Algeron Meeks y sus primeros tiempos de su carrera se le daba jovialmente el nombre de Jam. Por supuesto que mucho tiempo después, cuando se convirtió en una figura fabulosa, en un verdadero mito policial, hubo quienes trataron de explicar el apodofo familiar con una anécdota contada a la luz de un encañonado de su carácter y a la tenacidad implacable de sus procedimientos, que terminaban invariablemente por aplastar al delincuente acosado por él. Pero todo eso pertenece al reino de la fantasía. Los camaradas de Joseph Meeks que lo nombraron Jam, cedieron a esa amable predilección inglesa por los diminutivos abreviados y "nicknames" que induce a los ingeniosos amigos de Mr. Peter Magnus, accidental compañero de viaje del filósofo Pickwick, a llamarle alegremente Afternoon (tarde) por que las letras iniciales de su nombre y apellido significaban asimismo Post Meridian. Con el tiempo, nadie en Scotland Yard, ni aun los más irreverentes jóvenes, habría osado recordar que el hombre rodeado de tan legendaria aureola de gloria pudo estar alguna vez al nivel vulgar de un sobrenombre amistoso. Es cierto que para esa época ya no pertenecía oficialmente al cuerpo general de policía londinense y eran muy raros los miembros de la institución que le conocían personalmente y más raros todavía los que había trabajado con él o a sus órdenes. Su invisibilidad y sus éxitos resonantes herían de tal modo la imaginación de la nueva generación de funcionarios del Yard que muchos de ellos se le figuraban como una especie de sobrenatural demiurgo, misteriosamente oculto en un sitio velado, y recordado, desde donde su mentalidad ultrapotente desentrañaba los más complicados problemas de la delincuencia con sólo eslabonar en el cerebro la serie vertiginosa de sus razonamientos, partiendo de los datos concretos con que el Departamento General acompañaba sus consultas.

Porque ninguna persona familiarizada con la literatura llamada policial ignora que los funcionarios de investigación de cualquier parte del mundo, cuando por completo de las aptitudes requeridas para obtener un mediano sueldo cuando se trata de esclarecer crímenes que se apartan de las formas habitualmente asumidas por las proezas de los delincuentes profesionales. Los novelistas del género no dejan dudas sobre el particular. Más allá de las organizaciones oficiales existe siempre una inteligencia excepcional enriquecida por infalible experiencia a la que acuden invariablemente los funcionarios de aquellas, cada vez —vale decir, todos los días— que un delito sensacional supera la capacidad de sus adocenados intelectos y excede la rutina de su metodología indagatoria.

Las mayores reputaciones del pasado quedaron obsoletas y olvidadas en Scotland Yard cuando el primero de una larga serie de triunfos verdaderamente portentosos descubrió la deslumbradora grandeza del genio de un hombre que ha sido el pesquisante más extraordinario de la edad contemporánea. Fue entonces también que comenzó a llamarsele "el detective magnífico", con que su biografía se ha incorporado al repertorio de las existencias famosas. El calificativo se explica sabiendo que en Algeron no solamente sorprendía hasta la estupefacción de fulminante rapidez de sus victorias sino que deslumbraba la fastuosa magnificencia de su estilo de investigador. Hasta que llegó a la simplificación absoluta de sus métodos —reducción de una simple especulación mental que efectuaba en la cama, teniendo al alcance de la mano una mesilla con caviar y champagne— su arte desahogado el empleo de todos esos pequeños recursos que forman el entramado de una pesquisa a lo Sherlock Holmes o a lo Hércules Poirot. Nada de rastros con lupa, ni de análisis de cenizas de tabaco, ni de inducciones sobre una hebra de cabello providencialmente desprendido de la cabeza del criminal, ni deducciones acerca de la estatura del mismo referidas a la huella dejada en la pared por la bala de un revolver. Tampoco la apelación a los archivos policiales o a las viejas colecciones periodísticas para explicar un crimen cometido en Chelsea por una antigua pelea en la India o un robo de pepitas de oro en Klondike.

Al principio de su carrera, y hasta que dejó la Superintendencia General, "el detective magnífico" pasaba con las manos metidas en los bolsillos por el lugar del suceso, arrojaba una fría mirada sobre el cadáver, o los cadáveres —los había— y se retiraba en silencio, para encerrarse a meditar, auxiliado por el caviar y el champagne que constituyeron su exclusivo alimento y bebida desde que estuvo en condiciones de pagárselos. Algunas horas más tarde, la estridente llamada de un timbre eléctrico hacía temblar de sobresalto y gozo a todos los inspectores que esperaban ansiosamente la palabra del jefe. Algunas líneas apresuradamente grabadas en una hoja de papel daban los subordinados la clave del enigma e impartían las instrucciones necesarias para proceder. El resto consistía en el trabajo material de arrestar a los designados y prepararlos convenientemente para el jura-

una exclamación de asombro, cuando se conoció un despacho originario de Varsovia que daba cuenta de la captura de un dirigible misterioso y del arresto de sus tripulantes, entre los cuales figuraban el financiero Blaquer y el piloto del aeroplano que descendió en Croydon. Las declaraciones de los detenidos establecieron que los cadáveres encontrados pertenecían a dos pobres diablos y que el misterio se resolvía en un doble audacismo trasbordó nocturno, efectuado por la noche sobre las aguas del Canal. En cuanto a la maniobra de aterrizaje efectuada por el aparato y su macabro pasaje había sido dirigida desde larga distancia, por medio de un dispositivo eléctrico especial, cuyos planos fueron robados pocos meses antes del yate Electra que el ingeniero Marconi tenía fondeado en el puerto de Génova.

En adelante, nadie vio al detective magnífico, cuya perse-

to de atención para Algeron Meeks. Mas cuando transcurrieron los días y se repitieron los asesinatos sin que surgiese el más ligero indicio de que el autor o los autores estuvieran al alcance de los sabuesos lanzados sobre su pista, la conmoción del espíritu público ascendió a la categoría de un estado mixto de terror e indignación colectivos. El comentario de los hechos pasó de las columnas de la prensa de península a las columnas editoriales de los grandes rotativos que infundían sobre la opinión inglesa y hasta suscitó una interpelección en los Comunes. El gabinete trepidó sobre los agitados cimientos de su mayoría parlamentaria y si no fue derribado por el empuje de las enardecidas masas, ello se debió solamente a que se trataba de un ministerio laborista y nunca se ha dado el caso en la historia de Inglaterra de que caiga un gabinete laborista a consecuencia de una pérdida de

del Departamento de Investigaciones, sea cual fuere la hora, el sitio y las circunstancias de la entrevista. Y eso, por que ningún súbdito inglés alberga en su ánimo la menor duda acerca de la honorabilidad y eficiencia de un funcionario de este cuerpo. Muy excitado, el Superintendente se interrumpió: —No pretenderá usted, Algeron —exclamó— que el autor de esos hechos que han horrorizado a todas las ciencias honradas de Inglaterra sea... —Afirmo —articuló firmemente el detective magnífico— que el autor de los crímenes de los viernes es un miembro superior del Departamento de Investigaciones de Scotland Yard. Los tres hombres intentaron débiles protestas, inmediatamente dominadas por la abrumadora autoridad de su interlocutor. —Exijo —continuó éste— que cada uno de los funcionarios del Departamento, los jefes inclusive, prueben el empleo de su tiempo en los días y durante las horas en que fueron cometidos los crímenes de sarga azul. El comisionado se encogió de hombros. —Después de todo —murmuró— la comprobación es fácil. A una señal suya, el Superintendente se precipitó sobre el teléfono. —Siguio un cuarto de hora de nerviosa espera. Por fin, alguien llamó quedamente a la puerta y un empleado de secretaria penetró al despacho depositando un abultado legajo sobre la mesa y retirándose acto continuo. Con aparente calma, el comisionado hojeó cuidadosamente los papeles, volviendo de cabo hacia el detective magnífico. —Todo está en regla. Treinta y cuatro inspectores han establecido el alibi. También está controlado el empleo del tiempo de los funcionarios superiores aquí presentes. Puede usted examinar el legajo, Algeron —concluyó. —Es inútil —replicó blandamente aquel. Ya sabía que todo debía estar en forma. Pero me permito observarles que allí falta un dato. Los otros los miraron curiosamente. —Si insistió Patenteo con acento grave. Falta el informe referente al Superintendente General "ad honorem", Joseph Algeron Meeks. El director general refirió más tarde que en aquel instante una idea absurda cruzó, relampagueante, por su mente. Simultáneamente, tres pares de inquietos ojos clararon en el detective magnífico. Esto, extraordinariamente pálido, bajó la cabeza. Las miradas de los otros siguieron el movimiento nervioso de su mano izquierda. Los dedos tamborileaban, temblorosos sobre el zurcido de un remiendo cuadrangular que apenas se distinguía cerca del bolsillo de su americana de sarga azul. Puesto bruscamente de pie, el Superintendente habló con roncá voz. —Joseph Algeron Meeks, arresto a usted en nombre de la ley, acusado de los delitos reiterados de robo y asesinato. Advirtiéndole que cuanto diga desde este instante puede ser invocado contra usted en su proceso. Diez minutos más tarde, Scotland Yard era una alborotada colmena. Nadie quedó en su puesto y en todas partes todos hablaban a la vez. Jamás se había presenciado espectáculo igual en el viejo edificio y es poco probable que vuelva a ocurrir algo que remotamente se le asemeje. Cuando Algeron Meeks salió conducido para Brixton, la sombra de la tragedia cayó sobre el Departamento de Investigación Criminal. Una hora después, a tiempo que las luces del alumbrado público iniciaban su cotidiano combate contra el brumoso crepusculo vespertino de Londres, las ediciones "extras" de los diarios populares propagaban bulliciosamente la sensacional información. Hasta el más re-



ñalidad quedó rodeada de una fabulosa atmósfera de mágica potencia. En las horas interminables de la guardia, los jóvenes funcionarios del Departamento General hablaban de él en voz baja y no se fatigaban de buscar frases hiperbólicas que definirían la grandiosidad de su genio. —Al lado de sus ojos un telescopio no pasa de ser un vidrio de reloj. Comparado con su cerebro un cronómetro de observatorio astronómico resulta un despertador barato. —¿Es el ojo de Jehová? —Es una máquina de discutir, patetada. Esta última definición, original del inspector Ritchie, alcanzó inesperada fortuna. En lo sucesivo, los jóvenes funcionarios de la Superintendencia desgranaban en sus conversaciones al detective magnífico con el nombre de Patentes. —Material para Patentes —murmuraban cada vez que un robo sensacional o un crimen rodeado de circunstancias inexplicables reclamaba la intervención del Yard. Y el formidable Patenteo no fallaba jamás. Estaba en el apogeo de su gloria cuando se produjo aquella sucesión de enigmáticas tragedias que los diarios de entonces llamaron "Los asesinatos del viernes" y también "Los crímenes de la sarga azul". Todos presentaban una tétrica similitud de caracteres. Siempre la víctima fue encontrada en un aposento privado con una larga aguja de fino acero hundida en el hombro izquierdo, por el vacío superciliar, que permitía llegar la punta hasta el corazón. En una mano o en algún sitio próximo al cadáver, aparecía un trocito rectangular de sarga azul, recortado, al parecer, por inexplicable extravagancia criminal, de las ropas del incógnito victimario. Durante seis semanas consecutivas el día viernes fue señalado por una homicida proeza del asesino de la sarga azul. Primeramente fue Sir Henry Benson, Simón, presidente del directorio del Bensons Bros. Bank, y una de las figuras más prominentes de la City,

confianza originada en un asunto policial. En Scotland Yard reinaban el desconcierto y el pánico; sabíase que a raíz del quinto crimen el director general fue llamado a Downing Street por el propio presidente del Consejo, de quien le fue forzoso escuchar expresiones de descontento y frases duramente conminatorias. Lo que llevaba a su punto álgido el desaliento de los funcionarios del Departamento General de Investigaciones era el inexplicable silencio guardado por el misterioso Patenteo. Vanamente se esperaban con lora ansiedad sus decisivas comunicaciones; el oráculo permanecía mudo e inaccesible. Ni los apremiantes mensajes ni las instancias desesperadas del Superintendente lograban arrancarlo de su atrincheramiento. Al fin, la duda se insinuó hasta entre los más fanáticos admiradores del detective magnífico: Patenteo no daba más de sí por que estaba completamente vacío. Había sonado la hora increíble de su fracaso. Librados a sus propios esfuerzos, los funcionarios del Yard se agitaban presas de la más espantosa desorientación, sintiendo bramir alrededor de sus empleos la tormenta y de la cólera de los de arriba. Hay que reconocer, enajenado, que más que su propia impotencia los aplastaba momentáneamente la certeza desoladora de que el sol se había puesto en los dominios hasta entonces inviolables del más grande genio investigador de la historia. No es exagerado pensar que en el Yard se hubiera aceptado con mayor resignación la pérdida de la guerra que no la evidencia de la derrota experimental por un pesquisante que, junto con Rudyard Kipling, constituía las dos glorias más puras del imperio británico. Dado ese estado de ánimo juzguese la agitación que provocó la noticia, difundida con celeridad fulminea, por todas las oficinas, de que Patenteo había hecho anunciar su inmediata visita al Superintendente General. Todo el mundo estuvo aquella tarde con una pulguita en la oreja, en las inquietas dependencias del Departamento General. Una ola de espe-

ranza había invadido los espíritus más pesimistas. El detective magnífico volvía por sus fueros. ¡Rule, Britannia! Fue recibido en el despacho del mismo director general, a quien acompañaban en la solemne ocasión el comisionado y el Superintendente. Cuando el legendario triunfador franqueó las puertas del Departamento, una nube de empleados de toda categoría poblaban los pasillos y lo acompañaba en respetuoso silencio hasta su destino. Nadie quería perder la oportunidad, tal vez única, de contemplar de cerca la figura misteriosa de aquel Napoleón de la guerra eterna contra la delincuencia. Voluminoso y correcto, el detective magnífico recibió con serena dignidad aquel homenaje de los hombres más hábiles del mundo. Poco después, sentado frente a los grandes bonetes de Scotland Yard, turnario indolentemente un grueso cigarro, entabló con ellos una conver-

—La vida de un inglés es respetable —explicó severamente uno de sus miembros, "pero su propiedad lo es infinitamente más".

Joseph Algeron Meeks fue declarado culpable por unanimidad y el Tribunal lo condenó a muerte sin que se intentara a su favor el habitual recurso de gracia. Cuando conoció el veredicto, una singular expresión de calma reemplazó en su semblante a la dolorosa ansiedad que hasta entonces reflejábanse en el. Saludó cortésmente al tribunal y se retiró acompañado de sus guardianes. Sus postreras veinticuatro horas en Wormwood Scrubs fueron ejemplares. Pidió los diarios de la semana última y los leyó cuidadosamente, quedando extraordinariamente tranquilo cuando terminó su lectura. Por concesión especial recibió la visita de algunos antiguos compañeros del Yard, quienes lo encontraron tan inmutable como cuando inspiraba victoriosamente las pesquisas del Departamento en lo Criminal. Sólo al retirarse sus visitas, al escuchar las halucinentes frases de condolencia de éstos, interrumpiólos para decirles firmemente, brillando en los ojos un extraño fulgor de fanatismo: —"Todo esto carece de valor. Lo importante es que el honor de Scotland Yard no haya sido manchado con un fracaso. Bendigo a Dios por ello". Dichas palabras fueron su testamento; desde entonces no habló más. Por la noche hizo una discreta colación de caviar y champagne —suprema atención lo bastante fuerte para no romperse con el peso de su cuerpo cuando la trágica baseña se hundió bajo sus pies. Este es el final conocido de la historia del detective magnífico. Pero ella tiene un epílogo que durante muchos años constituyó el secreto de varias personas, entre ellas, el propio Superintendente General de quien puede decirse, en cierto modo, que fue su autor. Comenzó el asunto por el descubrimiento de una curiosa complicación, hecho por el mencionado funcionario, en uno de los periódicos encontrados en la celda que ocupara Algeron Meeks. Era un breve recuadro en cuerpo seis, redactado así: "J. A. M. aceptado. Cesación total negocios, parto avião Continente. Friday". Esta lectura dejó pensativo al Superintendente, quien la comunicó al director, el cual, a su turno, se puso serio y silbó suavemente entre dientes. La gravedad de su expresión se intensificó cuando escuchó el nombre de una persona que resultó ser el sastré del ejecutado detective magnífico, una declaración que aquel no pudo hacer ante el jurado por encontrarse, cuando se inició el proceso, hospitalizado a consecuencia de un síncope cardíaco. El tardío testigo expuso que el traje de sarga azul vestido por Algeron Meeks la tarde que provocó su sensacional detención le había sido entregado en la misma mañana de su visita a Scotland Yard; y en cuanto al delator rectangular zurcido fue una extravagancia de su cliente que el digno artesano no se había podido explicar. Esta revelación produjo dos efectos. El primero una sombría conferencia entre las tres cabezas más elevadas del Yard, la cual terminó con esta cavilosa observación del comisionado: —"El dijo antes de morir que lo importante era salvar el honor de Scotland Yard". El segundo efecto fue una investigación que permitió establecer que el único avión partido de Inglaterra el día del misterioso aviso, fue precisamente el aparato que se precipitó al mar, cerca de las costas de Francia, en una catástrofe que causó la muerte de todos sus pasajeros. Evidentemente fue quien fuere el desconocido Friday, estos negocios habían cesado antes de que el mismo lo presumiere. La consecuencia de todo ello fue una nueva conferencia muy alto sitio y de ésta, a su vez, resultó la visita de cuatro personajes a una tumba anónima sobre la que se colocó entonces una losa con la siguiente inscripción: "J. A. M. The magnificent detective". Antes de alejarse, uno de los cuatro asistentes, usando un lápiz del bolsillo, escribió, en francés, al pie: "Maintenant plus que jamais".

